

The image features a central figure of a man in a dark suit and tie, but instead of a face, he has a human skull. The skull is rendered with realistic shading, showing the eye sockets, nose, and teeth. The man's hands are clasped in front of him. The background is a textured, brownish-grey surface with visible cracks and mottling, suggesting an old wall or stone. The overall tone is dark and horror-themed.

Mordiscos
de
Terror

Vicente Silvestre

MORDISCOS
DE
TERROR

VICENTE SILVESTRE

Copyright © 2017 Vicente Silvestre Marco

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Noviembre 2017

*Para Julia y Santiago,
ellos son el camino y el destino.*

Índice

[Prólogo](#)

[El regalo de Dante](#)

[Truth or dare](#)

[La ventana cerrada](#)

[La nueva, vieja, pirámide](#)

[Las casas malditas](#)

[El Impío](#)

[El laberinto de Ockham](#)

[Agradecimientos](#)

[Dónde encontrarme](#)

Prólogo

Antes de sumergirte de lleno en la lectura permíteme darte las gracias. Esta obra no tendría ningún sentido sin que tú formes parte de ella, sin un lector que recorra este sendero de pensamientos, hilados en palabras, y lo recree en su imaginación.

El texto que tienes frente a ti consiste en una recopilación de los mejores relatos que he escrito durante los últimos años. Su hilo conductor es el terror en sus múltiples representaciones, desde el más ajeno, crudo y brutal, hasta el más cercano, aquel que puede estar ocurriendo a la vuelta de la esquina, oculto bajo un velo de normalidad. Todos ellos tienen como objetivo removerte en tu asiento, producirte ese inquietante y adictivo cosquilleo ante el inminente desastre y el horror que lo acompaña.

Si disfrutas con la lectura y deseas ayudarme a que continúe con mi trabajo como escritor puedes hacerlo con algo tan sencillo como publicar tu opinión en la página de “Mordiscos de Terror”, en Amazon. Esto me proporcionará una mayor visibilidad y que así pueda dedicarle más tiempo y esfuerzo a la escritura. Y ya, sin más demora, espero que tengas unos...

Felices mordiscos.

El regalo de Dante

La mosca se mantuvo inmóvil durante medio minuto. Empezó a caminar en una diagonal ascendente, cruzando el ventanal nocturno. Apresurada, saltó y dibujó una espiral justo antes de iniciar una serie de lanzamientos contra el cristal. Una, dos, tres y hasta cuatro veces se abalanzó con su cuerpo, zumbando como protesta tras cada embiste infructuoso.

Después del último impacto recorrió unos pocos centímetros y se detuvo en la imagen reflejada de un hombre joven, justo en el centro del iris. El hombre se llamaba Dante y llevaba una hora contemplando la errática danza del insecto sobre el cristal. Pasaron dos minutos más y la mosca no parecía dispuesta a seguir moviéndose.

Dante extendió el brazo con lentitud hacia la mosca y, en un centelleante movimiento, la mano se lanzó contra el cristal. No hubo sonido alguno. La mosca quedó atrapada entre los dedos índice y pulgar, panza arriba, moviendo frenética las patas y la cabeza. La imagen reflejada del hombre sonrió, pero era una sonrisa hueca, carente de satisfacción. Los labios regresaron al hieratismo original. Con un ademán florido, cargado de dramatismo, los dedos que sostenían el insecto regresaron al ventanal y se detuvieron al entrar en contacto con la fría superficie.

A continuación, el dedo índice se deslizó, presionando, hasta que la estructura de la mosca crujió y el juego se detuvo por completo.

Dante se incorporó, recorrió desnudo el elegante salón, decorado con muebles oscuros que pretendían aparentar una manufactura de roble o algún otro árbol que llevaba extinto miles de años; se detuvo únicamente para servirse un vaso de wiski con hielo en el aparador de las bebidas y siguió su camino hasta el alto espejo de cuerpo entero que quedaba justo al lado de la cabina de tejidos.

Dio un largo trago. Agitó distraído la bebida. Apenas sintió la humedad punzante del hielo, condensada en las paredes de vidrio del vaso. Contemplaba su propio cuerpo con la curiosidad de un desconocido peligroso. Suspica. Hosco.

Era un cuerpo sin las imperfecciones de eras pasadas, suspendido en la plenitud física de la veintena. Un núcleo cohesionado de carne, huesos, músculos, órganos y fluidos, donde todo defecto había sido arrancado o corregido. Podría observar su superficie durante toda una vida — teniendo en cuenta que vida e inmortalidad eran sinónimos, al menos en teoría— y jamás encontraría pecas u otros heterogéneos cambios en la pigmentación de la dermis, verrugas, vello corporal o elementos innecesarios como los pezones.

Conservaba los genitales ya que, aunque existían infinidad de programaciones capaces de estimular los centros neurálgicos del placer, el sexo resultaba un elemento casi protocolario en muchos de los eventos; además, ofrecía la posibilidad de concebir descendencia a través de los Bancos de natalidad, siempre que estuviera dispuesto a sacrificar muchos de sus privilegios y, por supuesto, filtrara su semilla por todas las modificaciones genéticas exigidas a todo ser humano digno de ser llamado como tal. Sin embargo, aquella idea le provocaba un profundo rechazo intelectual. No podía imaginar ningún motivo de peso para traer una nueva vida a aquel mundo. Un mundo tan puro, tan perfecto, que le arañaba los sentidos con su complacencia.

—Perfecto.

Una palabra agrietada, escupida, y con ella Dante estrujó el vaso de cristal provocando una pequeña lluvia de fragmentos plateados. Un irregular colmillo de vidrio quedó anclado en la palma de la mano y la cara interna de los dedos. La sangre fluía, deslizándose por el antebrazo hasta el codo, en un riachuelo invertido, para acabar cayendo como una llovizna roja; repiqueteando en el suelo hasta entonces impoluto.

El dolor no llegaba. Tan solo un mísero hormigueo que le indicaba que el tejido estaba dañado. El Eco. Un efecto secundario, supuestamente beneficioso, de mantenerse joven durante siglos. Regeneración tras regeneración los nervios se tornaban opacos a las sensaciones. Por supuesto, podía utilizar un programa o un simulador para creer que sentía dolor, pero habría sido una mentira más, no muy diferente a ese extraño escenario que le parecía el mundo real.

Trató de evocar el recuerdo del dolor clavando el improvisado cuchillo en su pecho. Percibió la resistencia ósea de una de sus costillas y continuó arrastrando el vidrio hasta abrir una horrible sonrisa encarnada. Luego otra y otra más. Las heridas se abrían como bocas tímidas y hambrientas. El hormigueo se había extendido por la totalidad de su tórax, pero nada más. Durante un segundo consideró la posibilidad de perforarse el globo ocular, sin embargo, sabía que no supondría ninguna diferencia y la regeneración de órganos era más lenta que la de los tejidos superficiales. Una molestia innecesaria.

Arrojó el pedazo de vidrio a un lado, hastiado, y programó la cabina de tejidos. Mientras se hallaba sumergido en el gel de la cápsula que sanaría su cuerpo intentó recordar algo de su primera centuria, un recuerdo que le trajera sentimientos auténticos, experiencias de cuando todavía se sentía vivo; pero el pasado se le escurrió una vez más en aquel sumidero interno donde la memoria, la imaginación y los sueños formaban una emulsión indivisible.

Dante. En el salón. Una hora más tarde. El cuerpo renovado y vestido con un esmoquin cuyo diseño llevaba de moda los últimos cincuenta años, aunque su origen se remontaba a los albores de la Humanidad, cuando los pre-humanos apenas vivían más allá de unas pocas décadas y andaban divididos en agrupaciones territoriales que compartían rudimentarios elementos culturales.

El rostro de Dante estaba bañado por la luz verdosa de una fulgurante pantalla virtual que flotaba frente a él. Un formulario de aceptación de normativas, con letra minúscula, ilegible; al final del documento, con caracteres ampliados: Aceptar Envío y, a escasa distancia, Cancelar Envío. La luz parpadeaba, saltando juguetona, de una opción a otra y así permaneció durante un largo minuto.

La pantalla resultó invadida por la imagen de un hombre —el nombre de Arcadio suspendido en el margen inferior— y el sonido intermitente de un teléfono.

—Responder.

El mismo rostro apareció ahora en movimiento; de fondo se escuchaba música de salón y conversaciones alborotadas. Ambos se saludaron con educación y Dante percibió en Arcadio aquel tono zalamero que tanto lo asqueaba.

—¿Vendrás verdad? Dime que vendrás. Las *razzias* en África Central han sido exquisitas. Te encantará ver los videos que he tomado. Uno de ellos incluso está entre los cien primeros puestos del ranking Mundial. He recibido toda clase de elogios... —la verborrea continuó, aburrida y automática, pero Dante ya no la escuchaba. Observaba con curiosidad quirúrgica el lenguaje facial de Arcadio. El movimiento de la boca, los párpados, incluso las cejas. Había cumplido seis centurias, dos menos que Dante, y, a pesar de ello, lograba imprimir cierto entusiasmo a su dialéctica. Falso entusiasmo, sin duda, pero un logro por el cual casi podría admirarlo si éste no fuera contrarrestado debido a su despreciable vulgaridad.

En algún momento Arcadio detuvo el monólogo y permaneció a la espera de una réplica. Ante el silencio de Dante repitió la pregunta.

—¿Entonces vienes?

—Iré.

—¡Oh! —la reacción pareció, en esta ocasión, genuina—. Eso es fantástico, se lo diré a los demás, estarán ansiosos por saber...

La señal se cortó. La pantalla se vio ocupada de nuevo por el documento del envío y así quedó, con las dos opciones todavía parpadeando, cuando Dante abandonó el lujoso apartamento.

La fiesta se celebraba en uno de los muchos salones públicos repartidos por la urbe. Los eventos eran tan variados como los apetitos de sus participantes. Deportes, bailes, degustaciones, debates, juegos sexuales, proyecciones, simulaciones virtuales de todo tipo... Los límites no existían o, si lo hacían, eran puestos a prueba continuamente hasta ser desbordados por nuevas y delirantes fantasías.

Dante se consoló al pensar que aquella reunión sería una insulsa proyección. No creía disponer de la energía ni el ánimo para soportar cualquier otro tipo de entretenimiento. Sobre todo, si se hubiera tratado de una simulación sensorial de la *razzia* grabada por aquel pretendiente a humano que se hacía llamar Arcadio. Además, el salón poseía una peculiaridad que lo hacía apetecible, aunque solo fuera porque suponía una barrera a la hora de socializar con el resto del mundo.

Tal peculiaridad era su aforo limitado, para no más de cien personas, lo que convertía el lugar en un entorno exclusivo. Imposible de acceder excepto para aquellos ciudadanos que superaran las cuatro centurias.

Antes de empezar con las tediosas presentaciones Dante se aproximó al terminal más cercano y se identificó con la lectura retinal.

—Grabar salón. Añadir audio. Capturar parámetros conductuales.

Más adelante podría utilizar la grabación de la forma que deseara. Visualizarla, modificarla o convertirla en un escenario de realidad virtual donde podría desarrollar cualquier deseo que se le antojara.

Cuando Dante se estaba dando la vuelta fue abordado por Arcadio y dos personas más: Nébula y Corintio. Éstos dos últimos mantenían una relación prácticamente monógama, aunque, al igual

que el resto de conciudadanos, participaban en las numerosas orgías que exigía su estatus social. Dante no albergaba una gran opinión de Nébula. Una quingentenaria con ínfulas de intelectual — obsesión típica de los ciudadanos que superaban la cuarta centuria— convencida de que la edad debía infundirle, por alguna clase de osmosis trascendental, cierta sabiduría cuando en realidad, lo único que resaltaba, era una pedantería cáustica. Corintio, por otro lado, tal era la debilidad de su carácter, solo le provocaba una irremediable indiferencia. Sospechaba que Nébula lo había elegido como consorte con el único propósito de hacerse destacar por encima suyo en las reuniones sociales.

—¡Bienvenido, amigo mío! ¡Bienvenido! El buen Corintio y la dulce Nébula tenían serias dudas acerca de tu aparición. Yo les había asegurado que sus inquietudes estaban injustificadas. Durante nuestra última conversación noté cierto *énfasis* en tus palabras y, por supuesto, mi intuición rara vez se equivoca. Todos estamos *tan* entusiasmados de verte... —Arcadio miró a Nébula, como si esperara que ella tomara el relevo de la conversación.

—Dice la verdad... —Dante sospechó que aquella afirmación era una garantía que señalaba precisamente lo contrario—... tenemos un sincero interés por saber de ti. Has permanecido tanto tiempo... ¿cuánto ha sido?, ¿cinco años?, ¿seis?, en fin, demasiado tiempo, recluido del mundo. Nos alegramos de que por fin hayas abandonado una actitud tan malsana.

Arcadio y Corintio aseveraron las palabras de Nébula con finos asentimientos de cabeza. Todos sostenían sonrisas falsas a excepción de Dante que hacía más de un siglo que evitaba las hipocresías.

—He estado en duelo.

Nébula saltó como si hubiera sido atacada.

—Oh, espero que no insinúes que mis palabras han sido desconsideradas. Porque te puedo asegurar que no ha sido así. ¿Verdad, querido? —preguntó a su consorte.

—Claro que no —aseguró Corintio rápidamente, como si el destino de la velada dependiera de su celeridad a la hora de darle una respuesta complaciente.

—Por supuesto que no —continuó ella—. Todos estábamos preocupados. Tu ausencia ha sido muy criticada. Una conducta impropia de un ciudadano respetable como tú. Incluso hay quienes sugirieron, yo no, jamás cometería una injusticia semejante, que se te sancionara si no recapacitabas y cambiabas esa infantil forma de actuar. Además, tus padres tuvieron una vida larga y satisfactoria, que es todo lo que un ciudadano puede desear. Todos lamentamos su pérdida. Fue un accidente terrible.

—Un accidente terrible —repitió Arcadio.

—Un accidente terrible —imitó Corintio.

Dante contempló, uno por uno, el rostro de aquellos ciudadanos. Se imaginó qué si hubiera sido más joven, cinco o seis centurias más joven, habría sentido un radiante odio por ellos. Pero en su interior solo encontraba aquella tibieza inocua. Le parecía estar contemplando tres maniqués que pretendieran ser humanos, pero que solo podían imitar las formas, sin alcanzar nunca la esencia.

Un accidente terrible. La versión oficial explicó que sus padres —ciudadanos intachables que

superaban el milenio de edad— habían muerto en un accidente en la megalópolis de Porto Prime, en Marte. Dante no adivinaba como podía considerarse un accidente el que ambos progenitores salieran de la urbe presurizada hasta alejarse un par de kilómetros, se sentaran a contemplar el amanecer y, de forma simultánea, desconectarán los sistemas de soporte vital.

—Una muerte inevitable —respondió Dante.

Los tres acompañantes se movieron un tanto incómodos.

—Amigos, —Arcadio carraspeó, forzando una gran sonrisa— ¡por favor!, estamos aquí para celebrar y disfrutar.

—Cómo siempre, tus palabras son una inspiración, brillante Arcadio —dijo Nébula.

—Gracias, gracias. Creo que ha llegado el momento de pasar a la proyección. No me gusta vanagloriarme, pero como ya sabréis mi grabación ha alcanzado el puesto cincuenta y dos en el ranking Mundial y tengo la sospecha de que todavía escalará unas cuantas posiciones más.

—¿Esperas que llegue a estar entre los diez primeros? —preguntó Corintio.

—¡Oh, por favor! No me atrevería a adjudicarme tan alta posición. Sin embargo, quién sabe...

—Algún día alcanzarás ese honor, Arcadio —dijo Dante. Era una descortesía por su parte nombrarle sin añadir un adjetivo que ensalzara alguna de sus virtudes, pero incapaz de encontrar ninguna Dante prefirió mantener una árida sinceridad.

Arcadio le devolvió una sonrisa de labios prietos.

—Si me disculpáis... —y con blanda inclinación se dio la vuelta hasta alejarse de los tres invitados.

Una pantalla gigante, en la pared opuesta a la recepción, ocupando casi todo el ancho de la sala, comenzó a descender. Mientras lo hacía Corintio se acercó a Dante, sin perder de vista la pantalla, hombro con hombro.

—Arcadio ha asegurado que posees un Incursor Titán. ¿Es cierto?

—Sí.

—Increíble. Muy pocos ciudadanos pueden permitirse un modelo de ese tamaño. Arcadio usa un Androide de combate recreacional.

—Lo sé.

—Me habría gustado mucho verte participar en la *razzia*. El número de pre-humanos durante la última *razzia* superaba las treinta mil cabezas. Al parecer han estado muy ocupados procreando. Esas pobres bestias lograron tumbar un buen número de androides. Se lanzaban en manadas contra uno solo hasta que lograban desmembrarlo. Resultaba digno de ver. Realmente excitante —concluyó en un tono ausente de excitación.

Nébula se colocó al otro lado de Dante.

—En mi opinión es un error mantener con vida a esos animales. Las reservas son un precioso terreno que podría ser aprovechado para la producción de materias primas. Tú mismo, venerable Dante, podrías verte beneficiado, si te das cuenta de la dirección en que soplan los vientos.

Muchos miembros del consejo andan preocupados por las numerosas pérdidas en androides que hemos sufrido.

—Una gran preocupación. No me cabe duda.

—Así es. Y ahora que vuelves a participar en tus deberes sociales quizás podrías apoyar mi propuesta para expropiar parte de las reservas durante el próximo Consejo. Habría que diezmar la población de pre-humanos, por supuesto...

—Por supuesto —corroboró Dante.

—...pero hace siglos que no surgía una oportunidad como esta. Tú palabra es todavía muy respetada. Espero, mi discreto Dante, que me tengas en consideración.

Él no contestó.

Al principio, la proyección hizo el mismo recorrido que todas las razzias en las que Dante había participado y, finalmente, aborrecido a lo largo de su prolongada vida. Un plano general de los pre-humanos. Algunos haciendo frente a las hordas de androides y otros robots de combate con las manos desnudas o rudimentarios objetos. Centenares, miles, huyendo. La cámara ubicada en los ojos humanoides del androide de Arcadio mostró como la unidad se lanzaba cuerpo a cuerpo contra un macho y ambos se agarraban por los brazos. Aquel rostro, tan parecido al de los seres humanos y al mismo tiempo tan diferente, miraba directamente al espectador.

—Qué desagradable —murmuró Nébula; un matiz de satisfacción morbosa teñía el comentario. Por la sala muchos otros asistentes coincidieron con aquella valoración y se escucharon toda clase de improperios y ruidos de disgusto.

Dante apenas se dio cuenta de nada. Aquellos ojos, cargados de arrugas, desesperados, que se volvían vidriosos por momentos, lo tenían hechizado. Los brazos del androide aparecieron frente a la cámara, cerrando las manos alrededor del cuello. La boca del macho se abrió en una mueca horrible que tensó los músculos de la cara. Le saltaban las lágrimas. Dante advirtió que le faltaban varios dientes y los que le quedaban estaban ennegrecidos. ¿Cuántos años habría vivido? ¿Treinta? ¿Cuarenta? Aquella ruina semi-humana trataba con desesperación de sobrevivir. Una vida tan ridícula, tan efímera. Tan hermosa.

La presión del androide se incrementó y se escuchó un crujido cuando la cabeza del macho se inclinó hacia detrás en una posición imposible.

El salón se llenó de vítores. Algunos de los invitados se acercaron a Arcadio para palmearle como si hubiera acometido una proeza; como si él, en realidad, no hubiera estado a miles de kilómetros de distancia, controlando virtualmente el androide, sin asumir ni el más mínimo riesgo.

Al terminar la proyección otros ciudadanos se acercaron a Dante para saludarle y éste, en cuanto le fue posible, se desembarazó de todos ellos. En mitad de aquellas presentaciones, palabras orquestadas y falsa modestia, le llegó un sonido que lograba filtrarse por encima de todos los demás. No era escandaloso; tampoco estridente. No trataba de imponerse y, sin embargo, lo conseguía con la naturalidad de una tormenta que se cruza ante una brisa de mar.

Con urgencia buscó el origen de aquel sonido, avanzando entre los diferentes grupos, esquivando a quienes percibía que deseaban interponerse en su camino. Empujó a alguien con

brusquedad. Se deslizó entre medio de una conversación. Volvió a escucharlo.

Se trataba de una risa. *Real*. Y la idea le provocó un escalofrío ominoso. La risa pertenecía a una ciudadana; una ciudadana cualquiera que se carcajeaba ante un comentario sugerente. Un sentimiento o, mejor dicho, una mezcla de varios sentimientos —no sabía identificar exactamente cuáles eran—, le subieron por la garganta y le pareció que le estrangulaban de la misma forma que el pre-humano había sido estrangulado.

La voz de Arcadio sonó divertida.

—¿Te has dado cuenta? La he invitado yo. Una pequeña excentricidad, ¿no crees? Le falta un lustro para cumplir su primera centuria.

—¿Por qué? —logró articular Dante. Una pregunta que Arcadio supuso iba dirigida a él.

—Lo cierto es que es una especie de experimento social. Los centurianos resultan tan ruidosos, torpes y carentes de decoro que observarlos desenvolverse me provoca un singular placer.

—Debo irme.

—Querido amigo, si te molesta, puedo expulsarla con la misma...

Pero Dante no escuchaba. Sus oídos estaban llenos de aquella risa que lo ocupaba todo.

Ya en su apartamento recreó la grabación de la fiesta. Seleccionó la risa de la ciudadana. Usó filtros para eliminar el resto de sonidos y cuando estuvo lo bastante limpia, lo suficientemente nítida, la escuchó de nuevo. Después la escuchó otra vez. Y siguió haciéndolo, enredado en aquel bucle enfermizo, cabalgando unas emociones quebradizas que, enrarecidas por el uso constante, se pudrieron rápidamente hasta quedar inservibles. Del interés surgió la indiferencia; la admiración se transmutó en envidia; el deseo en repugnancia. Al cabo de unas horas, en aquel apartamento sepulcral, la risa seguía resonando en los recovecos de su cerebro; recordándole que no podía recordar.

Dante activó la pantalla flotante donde las palabras “Aceptar Envío” y “Cancelar Envío” esperaban pacientes una contestación. La primera de las opciones brilló con intensidad durante un segundo para, a continuación, implosionar hasta desaparecer.

Al instante surgió una nueva ventana que rezaba: “Llevamos más de dos milenios transportando los sueños de nuestros ciudadanos. Gracias por utilizar nuestro servicio de mensajería. Su *Incursor Titán* llegará en breve.”

Poco después la serenidad del apartamento fue interrumpida por el sonido de una llamada telefónica. Las palabras sonaron amortiguadas al principio, pero enseguida cobraron una claridad histriónica.

—...tanto. Hay varios amigos que quiero presentarte, ¡están entusiasmados! La adorable Nébula y el humilde Corintio también estarán. Ambos desean fervientemente continuar con...

—Iré.

La llamada se cortó y el apartamento recuperó la placidez que lo caracterizaba.

La voz de Dante dijo: —Iniciar navegación. Grabar acción. Añadir audio. Añadir sensibilidad táctil y motriz.

Oscuridad.

El ambiente está cargado de un pausado zumbido eléctrico. Suena una voz metálica, solemne, y aunque no es realmente tu voz sabes que en este momento sí lo es.

—La inmortalidad es una carretera yerma, sin curvas ni destino.

Pasan los segundos.

La luz rompe la oscuridad y puedes ver. Te hayas frente a un muro de acero. Inclinas la cabeza y descubres las puertas de un recinto —ésta medirán algo más de dos metros— que te quedan a la altura de la cintura. Te inclinas un poco más y puedes observar tu cuerpo, de apariencia casi humana; un androide colosal, opaco, estilizado y andrógino. Extiendes los brazos y sientes cada uno de los movimientos como si fuera tuyo, como si los poderosos servos hidráulicos siempre hubiesen estado allí. Agitas los dedos y observas que se articulan con fluidez mercurial. Las manos se deslizan una sobre la otra y percibes la presión, el tacto rugoso de las capas de polímeros que las recubren.

Retrocedes varios pasos y, con un movimiento explosivo, tu pierna revienta la puerta del recinto. No hay dolor, solo la resistencia inercial antes de que la puerta salga despedida hacia el interior; arrancada del marco.

Se escuchan gritos de sorpresa y horror. Te introduces agachado en el salón cívico de fiestas. Está anegado de cojines, tumbonas acolchadas y grandes sofás circulares. Más de cincuenta ciudadanos y ciudadanas andan desperdigados, desnudos por el salón, exhibiendo flagrantes erecciones y pechos turgentes. Mentas viejas en cuerpos jóvenes, suaves y lubricados, interrumpidos en mitad de la bacanal. Rostros aturcidos, rostros embelesados, todavía asumiendo lo sucedido. El silencio se impone como una marea surgida desde la entrada.

A tu lado, petrificado, un individuo. Sus ojos permanecen clavados en los tuyos mientras atraviesas el hueco hasta incorporarte. Varios de los ciudadanos permanecen alrededor de la puerta caída, a varios metros de distancia, bajo la cual hay alguien aplastado. Un grupo de personas que se dirigía hacia la entrada se detiene al verte. Parecen incapaces de elegir entre escapar al fondo del salón o luchar por atravesar el hueco del pórtico.

Desde tu posición se ven pequeños e indefensos.

Percibes movimiento por parte del individuo de la entrada. Antes de que escape lo sujetas igual que un niño sujetaría un juguete. Lo alzas, encarado hacia el salón para enseñárselo a la pequeña multitud; convertida en un espectador impotente. Sientes en la palma de la mano el calor que desprende. El latido furioso de su corazón. El individuo intenta decir algo, pero las palabras se convierten en un graznido incomprensible. Se mueve tratando de evadir tu presa, aunque se detiene cuando incrementas la presión y percibes como una o varias costillas se quiebran dentro de él.

Con la otra mano colocas dos de los dedos por delante de su rostro. El enorme pulgar de tu

diestra mantiene la presión sobre la base de las vértebras cervicales. Y lenta, muy lentamente, tiras con ambos dedos hacia ti.

El salón de fiesta se llena de gritos —ahora no parecen humanos; son primarios, desesperados — cuando los gorgoteos del ciudadano se detienen y la cabeza cede, de repente, hasta una posición para la que el cuerpo no ha sido diseñado. La mayoría de la gente empieza a correr al fondo sin salida del salón. Algunos ciudadanos se esconden detrás o debajo de pilas de cojines y sofás. Otros se desmayan o fingen desmayarse.

Caminas hasta la puerta caída. Un hombre intenta levantarla, pero es incapaz de mover el pesado metal. Con un ademán despreocupado empujas al hombre y arrojas la puerta hacia un lado. Donde antes estaba la puerta: una mujer. Sus ojos se mueven como insectos sin rumbo hasta que dan con los tuyos. Parece haber un extraño entendimiento en ellos.

Desciendes con tu pie sobre la caja torácica. El armazón de hueso cede, recorriendo con suavidad los órganos, hasta que la planta se clava en el suelo pulverizando lo que queda de la columna.

Miras al hombre y tu voz robótica suena otra vez: —Me gustaría verte participar en mi *razzia*.

Los ojos del hombre, surcados por horribles venillas sanguinolentas, luchan por no salirse de las cuencas; la boca entreabierta, seca. Empieza a retroceder, empujándose con brazos y piernas, igual que un cangrejo pálido de tan solo cuatro apéndices.

La placa de tu antebrazo se desliza y del interior surgen dos boquillas integradas por tubos que se hunden en ti como gruesos tendones. La llamarada que surge de las boquillas impacta primero al humano-cangrejo, envolviéndolo. Con sorprendente entereza se levanta y sale corriendo varios metros antes de derrumbarse a los pies del montón de ciudadanos que se apelotona en la pared del fondo. Enfocas hacia allí las boquillas para luego rotar como un bailarín, rociando todas las piezas del mobiliario. Éstas arden con premura.

Los aspersores del techo se activan. El agua, en lugar de apagar el fuego, lo que consigue es alimentar el napalm enriquecido, haciendo de combustible. Las llamas se extienden, crecen y crecen, en rabiosas columnas carmesí. Los invitados son engullidos por ese mar ardiente en que se ha convertido el salón.

Te das una vuelta pausada para contemplar tu obra. Piezas de tela flotan en el aire, se revuelven, flotan un poco más, y son consumidas con violencia. El fuego ruge y devora con avidez los muebles, dejando únicamente la silueta de sus huesos metálicos. Varias figuras, ahora vestidas con un liviano traje de llamas, corren o caminan por el salón. Tropezan, se sientan o caen. Finalmente descansan.

Sientes calor en las manos. Llega desde todas direcciones. Las levantas hacia el rostro. Por entre los dedos atisbas los zarcillos de fuego. Desaparecen cuando te tapas los ojos.

Desaparece la luz. Desaparece el sonido.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro segundos.

Un zumbido eléctrico te recorre. Separas las manos de los ojos. Estás en otro lugar. Es el recibidor de un apartamento de lujo. El techo, sorprendentemente alto, permite que te incorpores. Sientes como el suelo, de madera oscura, se resquebraja debido a tu peso.

Accedes a un amplio salón decorado con gusto exquisito. El enorme ventanal del fondo permite ver las luces de los rascacielos que quedan por debajo de tu posición; una ciudad sin fin que cubre el horizonte nocturno.

Tus pasos se detienen ante la única persona que hay contigo. Está sentado, desnudo, en un butacón rotatorio. Sobre su nariz, cubriendo ojos y frente, una banda negra —de las que se usan para controlar androides neuronalmente— se amolda al cráneo.

Te agachas y extiendes el brazo sin llegar a tocarlo, dejando la mano abierta y descubres que no puedes moverte.

El hombre se incorpora. Se aproxima sereno y apoya la espalda en la palma de tu mano; se pone cómodo. Sientes la tibieza de la piel. Sus latidos; rítmicos y neutros.

Vuelves a tener control de la mano y la cierras sobre él. Te alzas, todavía portándolo.

Percibes un sonido, suave, emitido por el individuo. Flexiona sus manos y piernas y empieza a moverlas arriba y abajo. Ahora distingues el sonido. Es un zumbido. Un zumbido insectoide con voz de falsete. La pantomima se prolonga durante medio minuto y el humano se detiene de pronto. El torso empieza a temblar. Luego se convulsiona. Mientras hace esto de sus labios surge lo que parece ser un llanto, pero enseguida se convierte en una horrible carcajada.

La carcajada sigue y sigue; frenética.

Pasa un minuto antes de que se detenga con suaves sollozos; antes de que te pongas en movimiento de nuevo y presiones su cuerpo contra el cristal del ventanal. Su cara se apoya sobre el lado derecho. Lágrimas que caen por la mejilla izquierda y la mitad de un labio que te sonrío. Te sonrío.

A continuación, presionas, hasta que la estructura del ciudadano cruje y el juego se detiene por completo.

“El regalo de Dante”, tal y como se bautizó a la grabación de la masacre y posterior suicidio, alcanzó un récord histórico en simuladores virtuales y proyecciones públicas y privadas, manteniéndose en la primera posición del ranking Mundial durante tres días. Logró permanecer entre las diez primeras posiciones hasta el final de la primera semana.

Una vez el público se saturó de la grabación —partiendo en búsqueda de nuevas y sangrientas experiencias—, “El regalo”, fue descendiendo en la lista, ahogándose en un océano de nombres olvidados. Su caída resonó por las interminables listas de sedimentos digitales; imágenes ciegas sin retinas sobre las que posarse, ecos abandonados sin oídos en los que descansar; solo el silencio, cómodo e indiferente, de un futuro perfecto.

Truth or dare

Quedamos el viernes por la tarde, después del instituto, en el parque de la Canaleta. Lindaba con un sendero de asfalto que conducía al cauce viejo del río Turia. Éste, en lugar de transportar agua, transportaba ciclistas, corredores y transeúntes, a través de un gigantesco recorrido —zonas verdes, parques infantiles, campos de deporte— que atravesaba la ciudad de Valencia a nivel del subsuelo.

Fui yo quién les sugirió de encontrarnos en la Canaleta, al ser más discreto en aquellos fríos días de enero. La verdad es que estaba realmente emocionada de verme a solas con ellos dos. Aunque sobre todo con uno de ellos.

Desde mi llegada de Estados Unidos me había costado realmente conectar con el resto de alumnos. Pero, siendo sincera, debería añadir que no fue con los chicos con quienes tuve problema para conectar, sino con el resto de compañeras. Supongo que mi condición de alumna extranjera resultaba ser algo demasiado exótico y amenazante. Aunque mi español es bastante bueno, el acento americano es un poderoso reclamo.

En mi defensa añadiré que no hice ningún intento por atraer la atención de los chicos; o casi ninguno. Y supongo que habrían estado más receptivas de aceptarme en el caso de que Ray, el chico estrella de la clase, no hubiera decidido prestarme tanta atención. Si solo hubiera atraído a Carlos, el mejor amigo de Ray —mucho menos impresionante en todos los sentidos— estoy convencida de que mi relación con ellas habría sido más cordial; quizás no de amistad, pero por lo menos de aceptación.

Les mandé un mensaje por WhatsApp para decirles que estaba sentada en una de las mesas de madera destinadas a que familias y amigos se reunieran a comer. Era una mesa tosca, llena de hendiduras, rugosa y, en cierta forma, entrañable. Saqué mi cuaderno de dibujos de la mochila y varios carboncillos. El paisaje pecaba de artificial al estar sobre un terreno elevado a propósito, pero se camuflaba con bastante acierto gracias a los pinos distribuidos por la zona de comidas.

Durante un rato —diez minutos, tal vez más— me quedé absorta mientras capturaba la esencia que me rodeaba. Recuerdo mover el bastón de carboncillo de un lado a otro del papel, rasgando el blanco en una pauta automática, sin detenerme excepto para dar un nuevo vistazo a mi escenario. Aunque a menudo uso lápices prefiero el carboncillo porque tiene una cualidad nostálgica que no logro imprimir con otros materiales, así que los utilizo siempre que puedo. El único problema es que necesitas emplear un fijador sobre el dibujo al terminar si quieres que se conserven durante bastante tiempo.

En el momento en que los vi aparecer subiendo los escalones de madera traté de capturar la impresión que transmitían. Solo me dio tiempo a dibujar un esbozo de Ray y Carlos y, sin embargo, un fragmento de quienes eran quedó plasmado. La figura de Ray parecía más alta, más confiada, incluso un poco atlética, mientras que Carlos, a pesar de no ser mucho más bajo, se encogía como una sombra escuálida a su lado.

Nos saludamos y pude ver una sonrisa de disfrute en los ojos de ambos.

—¿Me dejas ver el dibujo? —preguntó Ray que se sentó a mi lado en la bancada, conservando una respetuosa distancia.

Asentí con timidez, sintiendo el calor que subía hasta las orejas. Siempre me ha dado vergüenza enseñar las cosas que hago.

Se acercó un poco más para girar el cuaderno hacia él.

—Es una preciosidad —dijo, aunque por la dirección en que miraba no estoy segura de si se refería al dibujo o a mis piernas. Llevaba unas medias color carne bajo la falda y esta última, a su vez, quedaba un dedo por encima de las rodillas—. Estás hecha toda una artista.

Carlos, que se había sentado enfrente, estiró el brazo para darle la vuelta al cuaderno. Lo observó durante varios segundos y sus labios se apretaron sin que él mismo fuera consciente de ello. Supe al instante que se debía al reconocimiento en el dibujo de sí mismo. Lo empujó hacia mí con poca delicadeza y, sin mirarme a los ojos, dijo: —No está mal.

—Venga ya, tío, te he visto dibujar y pareces un crío de cinco años —saltó Ray.

—¡Eso no es verdad! —replicó.

—Carlos ha sido sincero y lo cierto es que no es mi mejor trabajo —dije yo, quitándole importancia al asunto. Guardé el carboncillo en su estuche y lo metí en la mochila junto al cuaderno. Mi comentario pareció tranquilizar los ánimos de Carlos y éste adoptó una postura más relajada.

—Bueno, ¿qué podemos hacer? —preguntó.

—Podríamos ir a la laguna —propuso Ray. Quizás solo fueran imaginaciones mías, pero tuve la percepción de que estaba buscando un lugar romántico donde llevarme.

—¿La de los patos? —dije.

Asintió.

—Ahí no hay nada que ver —dijo Carlos—. ¿Por qué no nos colamos en la caseta abandonada? He oído que la puerta se puede forzar con un DNI.

Ray arrugó el entrecejo y sacudió la cabeza.

—No me gusta la idea y seguro que tú tampoco quieres —dijo refiriéndose a mí.

Aquello me molestó un poco de forma que le lancé la mirada más escéptica y desafiante de la que era capaz.

—No sé. Me parece un plan... excitante.

—¡Genial! Está cerca de aquí —dijo Carlos.

Era verdad que estaba cerca. Aun así, tuvimos que salir del parque y cruzar un camino de piedras por el que pasaban con frecuencia bicicletas. Continuamos por un sendero de tierra que atravesaba una cañada muy frondosa y que a duras penas permitía adivinar a donde íbamos. No tardamos en llegar a una zona de terreno despejada. Allí estaba aquella caseta abandonada.

Resultaba menos interesante de lo que mi imaginación había proyectado. No era muy grande y constaba de una sola planta baja. Las paredes de un blanco sucio, con la pintura desconchada por las lluvias, dejaban al descubierto segmentos marrones que daban al edificio el aspecto de un animal enfermo y moribundo. Gruesos barrotes y densas mallas oxidadas protegían unas pocas

ventanas. El tejado era un amasijo de chapas, plástico y metal, superpuestos sin ninguna clase de orden aparente.

Cuando nos acercamos a la puerta descubrimos que Carlos estaba en lo cierto. La cerradura cedió en un par de intentos. El haz que iluminaba desde el marco nos permitió ver buena parte del interior.

Aquel lugar era un desastre. Varias sillas y un butacón formaban un círculo en torno a una mesa baja. Latas de cerveza aplastadas. Una botella de vodka que conservaba un tercio de la bebida. Bolsas de plástico rotas. Láminas de cartón. Y por encima de la imagen nos alcanzaba el olor de las cosas abandonadas; olor a humedad teñido por el del alcohol derramado, corrompido, dulzón y agrio, todo al mismo tiempo.

Nos adentramos. Ray primero, momento que aproveché para arrimarme a él y cogirme de su brazo. Él me sonrió tranquilizador: —Está todo bien.

Dimos una vuelta por la habitación y Carlos descubrió unos aperos de labranza cubiertos de óxido en la pared más lejana a la puerta: rastrillos, grandes tijeras, hojas y cuchillas, la mayoría melladas e inútiles. Cogió una hoz de mango corto, un objeto desagradable y tosco, y lo balanceó en el aire como si estuviera golpeando a alguien.

—Ten cuidado con eso, colega. Cómo te cortes te vamos a tener que llevar al hospital y no quiero que nos jodas la tarde.

—Lo tengo controlado.

Le sacudí el polvo a una de las sillas playeras que había en el centro y me senté.

—Los españoles sí que sabéis hacer sentir cómoda a una chica —dije, sin esforzarme en ocultar mi acento estadounidense.

Ray se rio y se sentó en una silla a mi lado. Carlos hizo otro tanto, pero en el butacón desvencijado que quedaba frente a nosotros.

—¿A que ahora te gusta más la idea del lago?

—Seguro que habría menos polvo. ¿Otro día, tal vez? —dije en un tono que sugería una promesa.

—Estupendo.

—En verdad, este sitio es un agujero. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Carlos dando golpecitos con la hoz en el apoyabrazos.

—Lo mejor será que nos vayamos. No me gusta —dijo Ray.

Carlos se encogió de hombros y al dar por sentado que no había nada más que hacer comenzaron a levantarse.

—¿Por qué no jugamos a algo? —dije con una sonrisa. Ray debió notar el matiz sugerente de mis palabras ya que volvió a sentarse sin quitarme la vista de encima.

—¿A qué? —protestó Carlos—. Aquí no hay nada a lo que podamos jugar.

—En realidad sí lo hay. Es un juego que tenemos en Virginia.

—A mí ya me has convencido —dijo Ray con un brillo en los ojos—. ¿Cómo se juega?

Sacudí la cabeza: —No, no, no. Tenéis que prometerme que no os echaréis atrás. De otra forma el juego no tiene sentido.

—Prometido.

—Venga ya, no pienso prometer nada. Esto es una tontería —dijo Carlos, mirando nerviosamente la puerta y a continuación a Ray.

—Colega, no seas aguafiestas —el gesto con que acompañó las palabras fue un sutil movimiento de cabeza que no me pasó desapercibido.

Carlos levantó las manos dándose por vencido y se hundió en el butacón.

—Adelante. Jugaré. ¿De qué se trata?

De la mochila extraje un dado de seis caras y lo coloqué en el centro de la mesa. Era un dado de seis caras, normal y corriente, con la única excepción de que los puntos habían sido sustituidos por el dibujo de diminutas calaveras sonrientes.

—El juego se llama *Truth or Dare*.

Mientras que Carlos no dio signos de haber entendido una palabra, Ray, al cabo de un par de segundos, soltó una carcajada.

—¡Ah! Ya lo sé. Aquí también lo tenemos, aunque con otro nombre: “Beso, verdad o atrevimiento”.

—¿En serio? Bueno, en esta versión no hay besos. Solo hay que tirar el dado y...

Carlos se levantó de golpe haciendo que el butacón soltara un hiriente gemido al arrastrarlo por el suelo. Empezó a caminar por la habitación como un animal enjaulado. Nos miró, tal vez consciente de que debíamos ofrecer una estampa de incredulidad ante lo repentino de su comportamiento.

—Yo a eso no juego —sentenció.

—Colega, ¿qué mosca te ha picado?

—He dicho que no juego a eso.

Ray y yo intercambiamos un gesto de extrañeza. La voz de Carlos había adquirido un tono quebrado, inseguro, que le daba un aire entre infantil y lunático. Hizo un intento por tomar una respiración calmada que acentuó el poco control que tenía de sí en aquel momento. Se apoyó en el respaldo del butacón con la mano libre. Clavó la vista en el suelo al tiempo que daba golpecitos con la hoz en el asiento. Seguía nervioso, aunque también había adoptado una desesperada actitud reflexiva. Cuando quedó claro que no pensaba decir nada me dirigí a Ray.

—Es muy sencillo —continué—. Tiras el dado. Si sale par tienes que responder a una pregunta, si sale impar tienes que cumplir un reto. El jugador de tu derecha decide la pregunta o el reto. Si quieres, empiezo yo... —dándole a entender que tendría la oportunidad de ser él quien eligiera lo que debería hacer durante mi turno.

Cogí el dado y lo envolví con ambas manos. Las sacudí un par de veces, dediqué una sonrisa a

Ray, y lo dejé caer sobre la mesa. El dado rebotó, dio un giro, y se detuvo con seis diminutas calaveras alineadas en dos columnas.

—Adelante, pregunta lo que quieras —dije.

—Sea lo que sea, ¿tú dirás la verdad? —preguntó con picardía.

—De eso se trata —contesté, y tragué un poco de saliva.

—Seré bueno —dijo en un tono que prometía no serlo—. Déjame pensar... ¿Con cuántos chicos has estado?

—Directo a la yugular, ¿eh? —Hice una pausa que se prolongó demasiado mientras pensaba en la pregunta.

—¿Tantos?

Le di una palmada en la pierna sin poder contener la risa: —¡No tonto! ¿Te refieres a cuantos novios he tenido o con cuantos he tenido, bueno... sexo?

La última palabra pareció sacar a Carlos de su estupor ya que noté como me miraba.

—Lo segundo —aseguró Ray.

—Solo con uno —y antes de que pudieran replicar nada cogí el dado y se lo pasé a Ray—. Tu turno.

Cuando nuestras manos se rozaron —un roce que se prolongó más de lo que indica la propia palabra— noté que eran cálidas, suaves. Unas manos llenas de promesas.

Tres calaveras nos saludaron desde la cara superior del dado.

—Supongo que me toca reto. —Y había cierto alivio en sus palabras. Pero cuando miramos a Carlos para que propusiera el reto éste ya se había puesto en movimiento de nuevo, dándonos la espalda para detenerse en el estante con las herramientas oxidadas. Ray se encogió de hombros.

—Veamos si eres tan valiente como parece —dije con malicia, mientras buscaba algo que pudiera hacer pasar por una prueba. Tomé la botella de vodka y levantándola a la altura de mi cabeza la agité. —Tu reto consistirá en darle un buen trago.

—No jodas.

—Ese es tu reto —dije con falsa seriedad—. Vamos, vamos, cuanto menos lo pienses mejor.

Y no se lo pensó demasiado. Tan solo hizo una pausa para limpiar la boquilla con la manga. Tuvo que arquear el cuello e inclinar por completo la botella. El alcohol fue descendiendo lentamente durante el largo trago que le dio.

—¡Por Dios! Esto sabe a alcohol de quemar.

Di unas palmadas para celebrar que había pasado la prueba.

—Lo has hecho muy bien —dije.

—Eso ha sido asqueroso. A saber, quién habrá bebido de la botella. Un vagabundo, por ejemplo. O peor, un vagabundo de dientes negros y llagas en la boca —dijo Carlos, regresando, esta vez con un punzón grueso de mango ovalado.

—Te toca, colega.

—Ya he dicho que paso.

Ray cogió el dado y lo tiró con tanta fuerza que por poco se cayó de la mesa. Dos calaveras sonrientes se asomaron al borde circular de la misma, como dos suicidas que, felices de su destino, fueran a arrojarse por un precipicio.

—No es un juego difícil, ¿verdad? Solo tienes que contestar a una pregunta.

Carlos sacudió la cabeza, un tanto avergonzado: —Tú no lo entiendes.

—Pues esa será la pregunta —intervine yo—. ¿Por qué no quieres jugar? Explícanoslo.

La risa contenida de Carlos rayaba la amargura. Se sentó de nuevo en el butacón.

—No he hablado de esto con nadie, nunca. Ni siquiera contigo, Ray. Y no quiero que digáis una palabra por ahí. Tiene que ver con el tiempo que pasé en el orfanato, antes de que me adoptaran... Han pasado muchos años y lo recuerdo todo como si fuera un sueño. No. Un sueño no. Una pesadilla. Una jodida pesadilla.

—Carlos, tío... podías habérmelo dicho. Sabes que puedes confiar en mí.

Sacudió la cabeza: —No lo entiendes. No quiero pensar en ello ni un solo segundo. Aquel orfanato no era un buen sitio para nadie, pero se volvió mucho peor después del juego. Beso, verdad, atrevimiento —y volvió aquella risa desesperada—. Aunque entonces el juego solo era una excusa para darse besos. Y al menos lo fue hasta que llegó aquella niña. Recuerdo —cerró los ojos arrugando la frente— que era muy pálida y tenía una voz apagada, como si no estuviese viva, como si fuese algo frío, sin nada dentro. En el atrevimiento proponía cosas horribles. Imposibles de hacer. Cosas como ahorca un gato o aráñate la cara hasta que tengas las manos llenas de sangre. Y la muy hija de puta siempre añadía una amenaza. Ahorca al gato o tú acabarás ahorcada. Aráñate la cara o te cortaré el cuello mientras duermes.

—Te lo estás inventando —dijo Ray.

—Ojalá fuera así. Nadie le hizo demasiado caso. Tras el juego la niña se escapó del orfanato y parecía que todo volvió a la normalidad. Pero al cabo de un tiempo sus amenazas se fueron cumpliendo. Yo aún tuve la suerte de que me adoptaron poco después y me mudé con mi nueva familia, bien lejos de allí.

—Lo siento, tío. Debió ser una experiencia muy dura, pero no puedes dejar que eso te amargue. Fue hace muchos años y solo era un juego.

—Ray tiene razón —continué yo—. De todas formas, aquí nadie va a amenazarte. Somos amigos.

—Gracias —murmuró Carlos, casi inaudible—. A veces tengo pesadillas con ella. Está tras de mí, como en esa leyenda urbana en que si dices Verónica nueve veces frente al espejo se te aparece para matarte.

—No le des tantas vueltas. Esas cosas no existen —dijo Ray.

—¿Con qué te amenazó? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Me dijo que...

Carlos detuvo la explicación al escuchar unas voces que se acercaban. Una silueta se asomó, pero se escondió antes de que pudiéramos ver de quién se trataba. La risa cantarina y nerviosa de unas chicas estalló y pudimos escuchar: —¡Hay alguien dentro! —y más risas, que se fueron alejando con rapidez.

Cuando dejaron de oírse por completo Carlos continuó.

—Dijo que la próxima vez que jugara a “Beso, verdad, atrevimiento” tendría que matar a otro de los jugadores o ella vendría a por mí. Y esta es la primera vez desde entonces que he vuelto a jugar.

—Joder, pero eso fue hace mucho tiempo y la loca aquella estará metida en un psiquiátrico o muerta —repuso Ray.

—Además, técnicamente, estás a salvo. Este juego se llama *Truth or Dare*, “Verdad o Atrevimiento”.

La risa de Carlos sonó más relajada después de haberse explicado. Todas las historias, las terribles y las que no, parecen perder parte de su poder cuando las compartes entre risas, mientras el sol surca el cielo. Incluso en una cabaña tan tétrica como aquella.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Bueno, creo que ahora me toca tirar el dado a mí —dije.

Rodó hasta mostrar cuatro calaveras.

—Pregunta —le dije a Ray, elevando el mentón con altivez.

—Vaya, estaba esperando que saliera reto y así vengarme por lo del vodka. Me tendré que conformar con una pregunta incómoda.

—Mala suerte. Lanza tu inofensiva pregunta.

—Como desees. Veamos. ¿Quién crees que es más guapo? ¿Carlos o yo?

—¡Venga ya! —dijo Carlos.

Elevé los ojos sacudiendo la cabeza.

—Tú, ¿vale? ¿Contento?

Ray se encaró con su amigo: —Lo ves, ya te dije que yo era más guapo.

—Creído de mierda —e hizo ademán de clavarle el punzón varias veces desde la butaca.

Ray arrojó el dado y volvieron a salir las cuatro calaveras.

—Veamos, guaperas, una pregunta incómoda. ¿Eres virgen?

La mirada asesina de Ray era respuesta más que suficiente, pero resultaba obvio que Carlos no quería perder la oportunidad de tener una pequeña venganza.

—Sí —dijo con sequedad.

—Guaperas, pero virgen; muy virgen me atrevería a afirmar —siguió diciendo.

—Vale, vale, ya está. Te toca tirar, Carlos.

En esta ocasión una única calavera, tan grande que ocupaba casi toda la cara del dado, nos contempló con su burlona sonrisa blanquecina.

—Tu prueba será... —y dejé que pasara el tiempo para añadir mayor dramatismo— cerrar la puerta de entrada durante medio minuto. Más o menos.

—Eres el mal.

A pesar de que su comentario intentaba ser gracioso pude notar que el buen humor se le escapaba en cuestión de segundos. Las ventanas no dejaban pasar ni un rayo de luz; solo la puerta, abierta como estaba, nos separaba de quedarnos sumidos en una oscuridad casi completa.

Cuando se incorporó tenía el semblante tenso de quién anticipa una desgracia que va a suceder y no puede hacer nada para evitarlo. En su avance golpeó una lata que rebotó contra la pared, regalándonos el áspero sonido del metal. No se giró a mirarnos, sencillamente alcanzó la puerta y tiró de la manija interior hasta cerrarla.

Las sombras nos rodearon y la habitación pareció adquirir una dimensión mayor. Como si las sombras pudieran expandir los límites físicos de aquella pequeña cabaña. Una minúscula franja de luz que se filtraba por debajo de la puerta nos recordó que aquello no era nada más que un juego entre las cuatro paredes de aquella ruina.

Acompañando a la oscuridad también llegó el silencio, aunque éste fue interrumpido por la respiración agitada de Carlos. Se escuchaba cada una de sus respiraciones y exhalaciones igual que un fuelle estropeado. Subía y bajaba en una cadencia acelerada. Pasaron los segundos y el ambiente se tornó más opresivo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Carlos, histérico, desde su posición junto a la puerta.

Yo también lo había oído. Cerca de mí, demasiado cerca. Un chirrido. Y tras el sonido una presencia que se acercaba hacia mí. Acechante, lenta e insidiosa, se aproximaba. Me quedé muy quieta y reconocí su olor. Dejé que sus manos me sujetaran los hombros e hiciera lo que tenía que hacer.

Cuando Carlos dejó entrar de nuevo la luz nos descubrió a Ray y a mí besándonos, sumidos en esa unión catártica, ajenos a cualquier cosa que pudiera decir; porque dijo varias cosas, pero nosotros no le escuchábamos. En aquel momento estábamos muy lejos de allí, recorriéndonos en aquel espacio minúsculo que unía y separaba nuestros labios, avanzando y retrocediendo, ganando y dejándonos ganar, en un éxtasis mantenido al que no estábamos dispuestos a renunciar.

La magia se fue desvaneciendo y cuando nos separamos por fin Carlos ya se había marchado.

Nos quedamos un rato más, saboreando aquel placer íntimo, sin la preocupación de que ojos ajenos nos juzgaran o molestaran. Cuando oscureció por fin nos despedimos y me marché a casa, con el corazón ligero, exultante por cómo había transcurrido aquella mágica tarde.

A la mañana siguiente tenía un mensaje enviado desde el teléfono móvil de Ray para quedar en el parque. Cuando llegué me encontré con Carlos tan nervioso como siempre, solo que ahora a su pose, un tanto lastimosa, se había añadido la expresión del arrepentimiento.

—Disculpa que ayer me fuera así. Me pareció que sobraba —me dijo, sus ojos esquivando los míos.

—No pasa nada —le aseguré—. Fue todo muy repentino.

—Sí. Oye, ¿no debería estar Ray aquí?

—Supongo. No me había dicho que quedaríamos los tres. —Un silencio incómodo se abrió entre Carlos y yo de forma que cada uno optó por ignorar al otro mientras buscaba en la distancia.

Comprobé el teléfono móvil y le mostré a Carlos el mensaje que me había llegado apenas un minuto antes.

—Dice que nos espera en la cabaña.

Recorrimos el sendero, tal y como habíamos hecho la tarde anterior, pero en esta ocasión el paseo carecía del componente desenfadado, la complicidad del descubrimiento, o ese condimento especial que solo notamos a faltar cuando no está la persona que lo aporta.

—Entonces, entre vosotros dos está todo... ¿bien?

—Eso creo —contesté.

—Ray es un gran tipo —hizo una pausa y después añadió: —Tiene suerte de estar contigo. Mucha suerte.

No supe que decir. Aquellas palabras me sonaban demasiado a una confesión enmascarada. Quizás un último intento por hacerme saber que, ¿yo le gustaba? ¿Qué estaba enamorado? No creo que sus sentimientos llegaran tan lejos. Pero, en cualquier caso, el que la tarde anterior hubiera estado con su mejor amigo no le supuso un impedimento para insinuarlo.

La puerta de la cabaña estaba cerrada.

—¿Crees que estará dentro? —le pregunté.

—A lo mejor quiere gastarnos una broma —dijo poco convencido. Se acercó y golpeó la puerta con el puño: —¡Ray! Sabemos que estás ahí. Venga, abre la puerta.

Silencio.

Tras usar el DNI Carlos empujó la puerta sin llegar a cruzar el umbral. Al hallarse a contraluz la oscuridad dominaba casi por completo el interior.

Carlos encendió la linterna de su móvil.

—Tío, esto no tiene ninguna gracia.

Se adentró un paso. Después otro. Allí se detuvo.

Ray nos estaba esperando dentro, sentado en el butacón que la tarde anterior Carlos había ocupado. No obstante, no podía mirarnos porque no tenía ojos. No podía saludarnos porque no tenía manos. No podía levantarse porque no tenía pies. En definitiva, no podía vivir porque media docena de utensilios, terriblemente oxidados, permanecían alojados en su pecho y abdomen.

Al introducir la mano en el bolsillo de mi chaqueta tuve que apartar el móvil de Ray para extraer con cuidado la pequeña navaja con que afilo los lápices. Carlos, congelado por la horrible

visión del cadáver de su amigo, no se dio cuenta cuando me arrimé a su espalda.

—Sí que son el mismo juego —susurré sin acento alguno, en el tono neutro, muerto, que tanto espanto le había causado cuando éramos pequeños.

Tardó unos segundos en reaccionar, girando la cabeza lentamente, con dificultad, como si de repente se le hubiesen contraído todos los músculos del cuello: —¿Qué?

La sangre —caliente, muy caliente (ardiendo)— se me subió al rostro, salpicando y surcando la frente, la nariz y la boca. Siempre me ha dado vergüenza que la gente vea lo que hago.

La ventana cerrada

Dani sospechaba. Así que cuando su madre salió por la puerta, dejándolo a cargo de su hermano pequeño, en lugar de ignorar a Luis y ponerse a jugar con el mecano (tenía a medio construir una especie de tanque del tamaño de un perro pequeño), esperó junto a la puerta de casa y contó hasta cinco.

Ignoró la cerradura, moderna y funcional, y, en su lugar, apartó la placa de metal que descansaba sobre una vieja cerradura —grande y recia, de las que se usaban durante el siglo pasado—, se inclinó y puso la oreja en el orificio de la misma. La escalera general, gracias a alguna singularidad en la arquitectura del edificio, hacía las veces de amplificador acústico.

Le llegó, en una mezcla de ecos solapados y agónicos, el sonido de los pasos de su madre. Había una urgencia inusual en aquellos pasos, una urgencia que contrastaba con la regular tranquilidad que parecía envolver siempre a su madre. Eso era algo nuevo. Y Dani desconfiaba de todo lo nuevo. Lo nuevo significaba problemas. Cómo unos tejanos recién comprados, que nunca eran tan cómodos como los viejos. Cómo cuando se iban de vacaciones y no podía dormir al estar en una cama diferente. O —no le gustaba pensar en ello, pero ahí estaba, la prueba definitiva de que lo nuevo significaba problemas— como cuando su padre tomó un camino diferente para regresar a casa y un coche —no, no fue un coche, sino una furgoneta— lo arrolló.

Los pasos se perdieron por completo y Dani salió corriendo al salón donde el pequeño Luis seguía pintando con las ceras, minucioso y pulcro (mucho más pulcro de lo que cualquiera podría sospechar en un niño de cinco años), en una gran cartulina. Abrió hacia el interior la ventana de doble hoja y se asomó para poder ver la calle. Su madre ya se encontraba casi en el extremo de la calle y Dani pensó que la perdería de vista, pero justo antes se paró y entonces tuvo que pensar sobre lo que estaba viendo. Pensarlo bien. Porque su madre estaba abrazando a un hombre. Desde esa distancia no estaba seguro de quién se trataba, aunque creía conocer a todos los amigos de su madre. Por supuesto, también había la posibilidad de que fuera un amigo que él no conociera o uno al que hacía tiempo que no veía. No había nada de malo en ello.

Fue entonces cuando su madre y aquel desconocido se besaron.

Daniel cerró la ventana. El silencio, tan solo interrumpido por el ocasional arrastre de la cera de Luis sobre la cartulina, tomó por asalto el salón.

Pasaron un par de minutos y el pequeño alzó la cabeza para mirar a su hermano.

—¿Cuándo volverá mamá?

Dani se quedó observando a su hermanito como si fuese un *alien* que estuviera intentando comunicarse en un idioma indescifrable.

—¿Qué has dicho?

El pequeño se giró con todo su cuerpo dando la impresión de saber que aquella conversación requeriría de toda su atención.

—He preguntado que cuándo volverá mamá.

—¿Y cómo mierdas quieres que lo sepa?

—¿Has dicho una palabrota! —exclamó Luis, los ojos abiertos de sorpresa y excitación.

—Mamá me ha dejado a cargo, así que puedo decirlas si quiero —argumentó el hermano mayor.

Luis no pareció del todo convencido. Miró fijamente la alfombra durante unos segundos y cuando volvió los ojos hacia su hermano ya tenía la boca abierta, igual que un cañón, dispuesto a lanzar su réplica, pero Dani, curtido en el chantaje fraternal, se le adelantó.

—Ni se te ocurra decírselo a mamá si no quieres que tus dibujos acaben con una lluvia de escupitajos. ¿Me has entendido?

El pequeño Luis hizo un mohín. Se giró, tomó la cera negra, y siguió con el dibujo.

Dani se le acercó, colocándose por encima del hombro. Él quería mucho a Luis y detestaba cuando su mal genio provocaba que le hablara mal. Deseaba explicarle que no iba en serio lo de los escupitajos, pero las palabras se atascaron en la garganta. La imagen de su madre con aquel hombre se había transformado en una esfera de rabia incandescente que bloqueaba la garganta.

No estaba bien que hubiera besado a otro hombre. A otro que no fuera papá.

—¿Qué es eso? —dijo Dani, señalando. El dibujo mostraba la icónica casa cuadrada, repartidas las habitaciones en cuatro recuadros menores; sobre ellos un tejado triangular. Frente a la casa, o más bien bajo ella, había tres figuras que a Dani no le costó distinguir: la más pequeña era, sin duda alguna, un autorretrato de Luis que mostraba su mejor sonrisa; las otras dos pertenecían a Dani y a su madre; los labios representados con una línea recta. Lo que había llamado su atención, sin embargo, era la cruz que quedaba en el margen izquierdo, alejado de la casa, a punto de salirse de la cartulina: una cruz cristiana bajo la cual descansaban dos rectángulos, contiguos, estando uno de ellos ligeramente inclinado.

—¿Es papá? —insistió Daniel.

—Sí.

—¿Lo echas de menos?

El pequeño se encogió de hombros. Dani observó con más detenimiento el dibujo.

—¿Su tumba está abierta?

—Sí.

—Si no está en la tumba, ¿dónde está?

Luis estiró su dedito índice para señalar uno de los dormitorios donde, entonces, Dani pudo distinguir una especie de silueta humana, pintada exclusivamente con cera negra, en la ventana del dormitorio.

En esta ocasión Daniel se inclinó junto a su hermanito, colocándose frente a él. Apoyó la mano en aquel hombro tan pequeño y se dio cuenta, por primera vez desde la muerte de su padre, que no era el único que había sufrido y seguía sufriendo. Quizás Luis, al ser tan pequeño, no supiera como mostrarlo todavía, sin embargo, el dolor también estaba allí, incrustado como una espina que no se consigue arrancar. Quizás aquel dibujo era su forma de decir que lo echaba de menos.

—Lo siento, enano. A mí también me gustaría que estuviera aquí —quiso decir algo más útil,

algo que lo consolara de verdad.

—Sí que está. Anoche vino a verme.

Los labios de Daniel se apretaron en un gesto de lástima. Por supuesto que le fue a visitar por la noche. Él también había soñado con su padre en varias ocasiones tras su muerte. En los sueños seguía vivo; todo había sido un malentendido, nunca hubo tal furgoneta, y Dani lo abrazaba y lloraba de alegría. Más tarde se despertaba con los ojos húmedos y el dolor se volvía rojo; una herida mal cicatrizada que supuraba cuando los pensamientos la apretaban.

—Solo era un sueño. Ojalá no fuera así. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes.

Los hombros de Luis se volvieron a encoger; la mirada desviada a un lado.

—¿Quieres que veamos la tele un rato? —propuso Daniel en un intento por animarlo. Tenían una gran colección de películas de Disney y dibujos animados en DVD y aquella era una apuesta segura ya que mamá les tenía prohibido que vieran la televisión más tarde de las siete.

A Luis se le iluminó la mirada.

—¿Sí?

—Claro, enano. Pero que no se te escape y acabes contándoselo a mamá. ¿Trato? —y para sellar el acuerdo extendió la mano, como si se tratara de una importante transacción.

—Trato —dijo Luis con la seriedad propia de un hombre de negocios.

Su madre regresó a casa a las diez y Daniel ya había dado la cena a Luis y se habían acostado. Él todavía se hallaba despierto cuando la escuchó entrar en la casa. Justo antes de que abriera la puerta de su dormitorio se dio la vuelta y fingió que dormía.

Aquella noche nadie visitó a nadie.

El día siguiente transcurrió con la lentitud y la monotonía con la que se suceden los días de colegio; una hoja de calendario tomada a cámara lenta, cayendo igual que una pesada losa sobre las otras, mostrando el inflexible transcurrir del tiempo.

Al llegar a casa Luis notó como su hermano se mostraba taciturno. Lo veía ir de un lado a otro del salón, igual que uno de esos leones enjaulados en el zoológico que daban tanta lástima. Mamá se había marchado de nuevo y Daniel volvía a estar encargado. Ya entonces Luis se había dado cuenta de que aquella tarde no volverían a ver los dibujos animados. Lo cierto es que no le importaba. No del todo. Por supuesto que le habría gustado pasar un rato con Dani; conocía muchos más juegos que él y a veces, pocas en realidad —aunque esas pocas eran geniales—, utilizaban el mecano para construir cosas juntos. Sin embargo, Luis intuyó que aquella tarde podía ser una de esas tardes en que el humor de su hermano se volvería contra él.

Además, tenía otro motivo para evitar a su hermano aquella tarde. Estaba expectante; imbuido por el nerviosismo de quién aguarda una cita importante. De forma que decidió ignorar a su hermano y se fue a su cuarto. Cogió uno de los cuadernillos de colorear; el que le habían regalado en *McDonald's* y mostraba a Ronald, el sonriente payaso, con su radiante pelo carmesí y una boca

grotescamente abierta. Un desagradable escalofrío le atravesó desde la base de la espalda hasta la coronilla y decidió que no le gustaban nada los payasos. Escondió el cuadernillo debajo de un montón de papeles y optó por empezar un dibujo desde cero.

Los minutos pasaron sin que apenas se diera cuenta, inmerso en el dibujo, cambiando de color —los dedos manchados debido a la presión constante—, lanzando miradas frecuentes a la ventana de su habitación.

Desde aquella ventana lo único que se podía observar era un patio diáfano al que daban muchas otras ventanas, tanto de su edificio como de otros colindantes, de forma que en aquel momento solo se vislumbraba el blanco macilento del muro que quedaba enfrente. No había nada que mirar; aun así... aun así... seguía mirando con insistencia.

Cuando la luz se hizo demasiado tenue para seguir dibujando encendió el flexo de la mesa. Tuvo que ajustar el cestillo para que el haz cayera sobre el papel. Cuando volvió a mirar la ventana se dio cuenta de que, con la oscuridad, apenas veía nada. Tan solo su propio reflejo; una imagen impregnada en el vidrio que apenas se le parecía.

Empezaba a sentirse un tanto desilusionado. Tal vez Daniel tuviera razón y no hubiera sido nada más que un sueño. Pero le había parecido real, tan real.

Él sabía que ninguna persona podría haber estado asomada en esa ventana que se alzaba a una tercera altura y donde no existía sujeción alguna; mucho menos su padre que hacía dos años que llevaba muerto. Sin embargo, su mente infantil se aferraba a la posibilidad de que sí fuera posible. Porque, al fin y al cabo, existían las excepciones. Por ejemplo, él sabía —como saben todos los niños de cinco años— que Papá Noel era una excepción. Él era capaz de volar en un trineo empujado por renos. ¡Y había otros ejemplos! Como Los Reyes Magos, el Ratoncito Pérez, las brujas o los fantasmas. Aunque mostraba cierto escepticismo acerca de las brujas.

Así, durante un rato, siguió aferrado a esa posibilidad. Llegó un momento en que, sin previo aviso, arrojó la cera sobre la mesa y se tiró a la cama. Sollozaba. Se mordía el labio inferior con rabia. Porque él realmente deseaba que su padre volviera a visitarlo. Lo deseaba más que nada en el mundo.

Entonces se escuchó un sonido incisivo, apenas perceptible, sobre el vidrio. Luis alzó la cabeza de la colcha que tenía estampado el dibujo de pelotas de fútbol y raquetas de tenis. Su pecho se convulsionó, todavía con el sollozo a mitad de recorrido. Ahora el sonido repiqueteó cuatro veces, consecutivas, casi armónicas.

El pequeño Luis notó como su cuello se resistía a girarse hacia la ventana. Parecía haber adquirido una tensión que le paralizaba por completo. Por un lado, ansiaba mirar, descubrir allí a su padre, darle la bienvenida, abrazarlo; por otro, temía que fuera algo totalmente diferente. Tal pensamiento no se le había pasado con anterioridad y, sin embargo, allí estaba esa idea delirante de que pudiera ser... ¿qué? ¿un fantasma? ¿un vampiro?

Pese a todo, logró articular los hombros y el resto del cuerpo le siguió, aunque fuera con una lentitud enloquecedora. Y al girarse descubrió el rostro de su padre. Le sonreía desde la ventana. Era un rostro gris y extraño, pero era el suyo. Aquellos dedos envueltos en oscuridad repiquetearon una vez más. Pudo sentir la poderosa conexión que existía entre ambos. Sentía que

sus mentes estaban conectadas como una carretera de doble sentido.

—He venido a verte —la voz sonó con total claridad; la voz fuerte, grave, de su padre. No parecía que le estuviera hablando a través de un cristal. Luis pensó que había algo raro en sus palabras porque no estaba seguro de haberle visto mover los labios. En realidad, tampoco estaba seguro de ver su rostro todo el tiempo. Era como contemplar dos caras al mismo tiempo. La cara de su padre y la cara de algo más. Algo amorfo, imposible de definir, inalcanzable como una sombra.

Se levantó de la cama y ahora sí que pudo distinguirlo mejor. Resultaba sorprendente que se le pudiera pasar por la cabeza que no fuera su padre. Era exactamente él. Una sonrisa de perfectos dientes blanquecinos se asomaba en aquellos labios delineados por una franja negra.

—Abre la ventana. Quiero verte mejor —dijo su padre.

Luis dio un paso y luego otro. Se detuvo. Algo no andaba bien. De nuevo, al hablar, no había distinguido ningún movimiento. Ni tan siquiera estaba seguro de que fuera un rostro de verdad. Se veía como un dibujo encarado en su dirección todo el tiempo. Sí le hubiera preguntado a Dani éste le habría sabido decir que le faltaba profundidad, pero la palabra en que pensaba Luis era: plano. Un rostro plano.

Las cejas de su padre se arrugaron.

—¿Prefieres que me vaya? Sí así lo quieres, nunca más volverás a verme —la decepción impregnaba aquellas palabras.

—¡No! —dijo Luis con un grito. La idea de que desapareciera para siempre era todavía más aterradora que la posibilidad de que su padre fuera en realidad una especie de monstruo que acechaba tras el cristal.

—Entonces abre la ventana. He oído que te gusta dibujar. Podrás enseñarme todos tus dibujos y yo te enseñaré los míos.

Se aproximó a la ventana y todas sus dudas desaparecieron por completo. No podía dejar que se marchara. Por fin iba a reunirse con su padre.

El pestillo hacía mucho tiempo que no se utilizaba y no cedió al primer intento. Luis apoyó una mano en el émbolo y con la otra se agarró el puñito. Llevó todo el peso del cuerpo hacia el otro lado de la ventana y tiró con todas sus fuerzas.

Fue entonces cuando la ventana se abrió de golpe.

Daniel consiguió no pensar demasiado en su madre y en el desconocido con el que se marchaba por las tardes. Durante las clases andaba demasiado atareado con las lecciones y las actividades de aula como para dedicarle un momento de su atención. A pesar de ello el problema seguía allí, latente, palpitando, como un paciente que aguarda en la antesala de un hospital, sabiendo que, antes o después, le llegará su turno. Aguardando para recordarle que las cosas no iban tan bien como parecían.

Al llegar a casa se mostró frío y distante con su madre, aunque si ella llegó a notar la actitud de Daniel no dio señal alguna; al contrario, parecía haberse producido un cambio sutil, pero evidente. Se mostraba más enérgica y Daniel creyó escucharla tararear una canción en un par de ocasiones. Más tarde se volvió a marchar de casa dejándolo al cargo. Sin embargo, en esta ocasión, no se arrimó a la cerradura para escuchar los pasos de su madre, ni se asomó por la ventana como un espía de novela barata. En su lugar, empezó a dar vueltas alrededor del salón.

La rabia, que tan familiar le era, volvió a subírsele por la garganta. No con la misma intensidad que en el día anterior, pero allí seguía. Macerando calor en su pecho. Ofuscando cualquier pensamiento que no alimentara ese fuego. Ni tan siquiera se dio cuenta de cómo Luis desaparecía de la habitación, silencioso como un ratoncillo, mientras él se detenía frente al aparador donde descansaban varias de las fotografías familiares.

Los rostros allí impresos eran más antiguos a la muerte de su padre. Luis, que nunca había sido muy grande, parecía casi un bebé. Su propia cara le resultaba difícil de reconocer. Apenas habían transcurrido dos años y, a pesar de saberlo, parecía una eternidad.

En todas las fotografías sonreían felices. Le costaba encontrar algún momento desde el accidente en que hubieran vuelto a sonreír de aquella manera. De repente, tuvo la certeza de que la maldita furgoneta no solo le arrancó a su padre, sino también algo más, algo intangible; pero que en su ausencia lo dejaba apagado como una sombra.

Siguió observando y, en un proceso oculto, lento e imparable, llegó otra consideración más esclarecedora e inquietante que la anterior. Reflexionó, aturdido, absorto en su propio descubrimiento, que quizás la furgoneta no le había arrancado aquella parte de sí mismo. Sino que, tal vez, tal vez... él mismo hubiera decidido arrancársela, porque creía que debía hacerlo. Porque le debía ese sentimiento (¿felicidad, alegría?) a su padre y al no estar con él (con ellos) no merecía volver a sentirla.

Conforme asumió la posibilidad de que fuera así, de que se hubiera mutilado a sí mismo, la rabia, que hasta hace unos minutos le sostenía con aquel ritmo nervioso y destructivo, quedó sofocada hasta convertirse en unas brasas que no tardaron en transformarse en simples cenizas.

En una de las fotografías su madre le estaba dando un beso en la mejilla y él ponía una mueca como si le desagradara. Recordaba aquel día porque había sido su séptimo cumpleaños; cuando le regalaron el mecano. Recordaba el grito de alegría que había dado y cómo su padre lo ayudó a montar su primera construcción gracias a uno de los planos que venían en la caja e indicaba paso a paso cómo debía de hacerse. Recordaba. Y con el recuerdo le alcanzó el lánguido y agri dulce sentimiento de la añoranza. Añoranza y algo más.

Una determinación que se alejaba de los habituales pensamientos infantiles, tan entusiastas, erráticos y efímeros. Se basaba en la posibilidad de que todo podría cambiar con el simple hecho de aceptar. Aceptar que las cosas jamás volverían a ser como antes. Aceptar que aquel dolor era suyo y que —esta idea todavía se estaba formando con la lentitud propia de un glaciar— si lo dejaba marchar, quizás podría (y mereciera) ser feliz.

Con el dorso de la mano se secó las delgadas líneas de lágrimas que descendían por las mejillas. Sentía una calma agotadora, como si hubiese estado portando una carga demasiado

pesada y, ahora que se había librado de ella, su cuerpo no supiera como reaccionar.

Se dio cuenta de que Luis no se encontraba en el salón, de forma que fue a buscarlo a su dormitorio. Allí lo encontró, en el pequeño escritorio, inclinado sobre él, totalmente absorto en un dibujo. La luz del flexo lo envolvía dándole un aire de madurez que no correspondía a sus tempranos cinco años. Al observarlo una ráfaga, cálida y reconfortante, le recorrió el cuerpo y Daniel se prometió, en aquel preciso instante, que sería mejor hermano.

Entornó la puerta de la habitación y fue a su propio dormitorio para tumbarse en la cama. Al cerrar los ojos perdió la noción del tiempo y empezó a caer por un oscuro y blando tobogán que descendía hacia los sueños. Pero el descenso no duró mucho.

El grito de Luis —un grito que arrastraba su nombre— lo hizo levantarse de golpe; catapultado. Se lanzó al corredor y su hermano pequeño volvió a llamarlo. Nunca lo había escuchado gritar así. El timbre de su voz no era solo urgente, había un matiz de pánico que no dejaba espacio a las consideraciones. En dos respiraciones superficiales ya había atravesado los metros que separaban sus cuartos y abrió la puerta de un empujón.

Durante varios segundos se quedó paralizado, incapaz de entender lo que veía. Una figura borrosa, una sombra que bullía y se arremolinaba en el aire, estiraba de Luis —garras oscuras aferrándolo desde las piernas— en dirección a la ventana abierta. Luis se sujetaba a la colcha de la cama, las manos cerradas en los laterales y el cuerpo elevado, flotando entre el colchón y aquella cosa.

—¡Dani! ¡Es papá! ¡Es papá! —dijo entre lágrimas y Daniel no estaba seguro de si las palabras de su hermano eran de miedo o de alegría.

Pero lo que Dani vio no era el rostro de su padre. Era una superficie en blanco, arrugada, que ondulaba, crujía y se retorcía en todas direcciones, como si bajo la superficie un millar de insectos pugnarán por darle una forma definida.

Aquello no era posible, porque los monstruos no existían. Su mente racional se negaba a asumir tal posibilidad. Y la única explicación que estalló en el cerebro de Daniel —una explicación que obviaba todos los detalles sobrenaturales— es que debía tratarse de un disfraz y que bajo el disfraz se escondía una persona. Una persona que quería hacerle daño a su hermano pequeño.

Agarró la silla de estudio y, alzándola sobre su cabeza, cargó contra la sombra en una exhalación.

La silla bajó en un arco descendente contra el grueso de la oscuridad y... salió despedida hecha pedazos en todas direcciones. Unos zarcillos de sombras se agitaron en señal de protesta. Daniel cayó de espaldas. Con los ojos desencajados de puro terror retrocedió desde aquella posición, sin quitarle la vista de encima a aquella cosa que —ahora sí, asumiendo la posibilidad— no se trataba de ningún disfraz.

Luis cayó sobre el colchón, rebotando contra el mismo, cuando la sombra lo soltó y se giró hacia Daniel.

Aquella especie de máscara blanquecina pareció escrutarlo y, al cabo de un par de segundos, el muchacho sintió un empujón y un tirón; una poderosa corriente que lo atravesaba como un canal;

una especie de fuerza, un magnetismo invisible, que fluía y los conectaba a los tres: la sombra, su hermano y él.

—¡Dani! ¡No le hagas daño! ¡Es papá!

Y en esta ocasión sí que podía verlo. De alguna forma absurda e imposible la máscara blanca dejó de ser monstruosa. Incluso le pareció reconocer la sonrisa amable de su padre. Aquella sonrisa que estaba configurada no solo con los labios, sino también con los ojos ¿Acaso era posible que fuera su padre? ¿Qué bajo aquel cuerpo de sombras intentara llegar hasta ellos y de alguna forma lo hubiera logrado?

—Da...niel —escuchó decir a la criatura, como si le costara un gran esfuerzo pronunciar aquella palabra. Le pareció casi una súplica.

Las sombras se sacudieron y la duda, no obstante, regresó.

El rostro paterno se sacudió como una ola. Desapareció. Regresó por medio segundo y volvió a desaparecer.

La sombra se estiró, creciendo en altura, los brazos se extendieron en un manto desde el que sobresalían curvas, negras y opacas, garras de cuervo.

Luis dio un rápido rodeo a la criatura para ponerse junto a su hermano mayor y ambos retrocedieron hasta que las espaldas chocaron contra la pared.

La criatura avanzó hacia ellos con una lentitud ceremonial, abierta de brazos, dispuesta a rodearlos con aquellas cuchillas. Daniel sabía que aquellas garras podrían hacerlos pedazos en cuestión de segundos y en respuesta a aquel pensamiento parecieron crecer hasta adquirir un tamaño grotesco, capaz de arrancar la cabeza a un hombre sin el menor de los problemas.

Cuanto más se acercaba el monstruo más notaba Daniel la conexión que existía entre los tres. Luis se había quedado en cuclillas, agarrado a la pierna de su hermano, la mirada helada en la sombra que crecía y crecía ominosa. Sentía el miedo de Luis como si fuera su propio miedo. Y surgió una idea desesperada, delirante.

Intentó visualizar a su padre. Verlo tal y como fue en vida. Por un instante, la máscara blanca cambió. Dani lo intentó de nuevo, pero la criatura estaba cada vez más y más cerca y el miedo de su hermano pequeño rozaba el pánico. Arrollado por aquel sofocante terror fue incapaz de recordar el rostro de su padre.

Daniel se agachó y obligó a girar el rostro de Luis hacia él.

—¡Luis!

El chico no reaccionaba.

—¡Luis! ¡Luis! Tenías razón —y Dani intentó sonreír— es papá, pero necesita que le ayudemos. ¿Quieres ayudar a papá?

Aquello pareció sacar a su hermano del aturdimiento y éste articuló una leve afirmación con la cabeza.

La sombra casi había llegado hasta ellos, cubriendo la escasa luz que proyectaba el flexo de la mesa.

—Quiero que cierres los ojos y pienses cuando íbamos a jugar al parque. ¿Recuerdas los columpios? Piensa en él cuando jugábamos en los columpios.

Mientras la oscuridad los envolvía Daniel apoyó la frente en la de su hermano.

Los pensamientos de Luis eran más una emoción que un recuerdo en sí, pero eran poderosos. Abrumadores. Allí no había solo cariño o amor, sino una especie de devoción salvaje, irracional, hacia aquel hombre que los había dejado.

Ahora Daniel pudo recordar a su padre. Lo vio el día de su cumpleaños y en otros mil lugares. Lo vio elevándolo en el aire entre risas. También lo vio sentado en la cabecera de la cama, hablando justo antes de irse a dormir. Lo vio durante las comidas y cuando toda la familia estaba reunida. Lo vio jugando con ellos en la playa...

En el instante en que la presencia los alcanzó pudieron notar como las manos, grandes y amables de su padre, descansaron sobre la cabeza de cada uno de ellos. Les llegó el intenso aroma a menta de la loción que solía usar después del afeitado. Sintieron la presión de su cabeza contra las de ellos y quedaron unidos en ese abrazo silencioso.

Luis y Daniel se acurrucaron, arropados el uno con el otro, hasta mucho después de que la sombra desapareciera. Más tarde recordarían aquel suceso como la prueba de que el amor era capaz de atravesar el tejido mismo de la realidad. No pensarían en el monstruo que los atacó, sino en el hombre que fue capaz de regresar desde la muerte para poder despedirse de sus hijos.

La nueva, vieja, pirámide

Desde el piso 75 del Centro Financiero Internacional la ciudad de Shanghái parecía una maqueta gigante. Una maqueta coronada con una bóveda oscura, sin estrellas. Y es que aquella ciudad no necesitaba la luz de las estrellas. Su luz había sido sustituida por miles de farolas, brillantes edificios y carteles de neón, otorgándole un halo fantasmagórico. Una marea constante de diminutos vehículos atravesaba sus venas y arterias, dándole la apariencia de ser una ciudad de juguete a la que alguien le hubiese dado cuerda. E irrumpiendo con sus aguas negras, el río Huangpu, rodeando el distrito como si de una gigantesca serpiente se tratase... aquella era la visión de cautivadora irrealidad desde la que David se vanagloriaba de sus logros ante esa masa orquestada de personas, servil y ciega, que inundaba la ciudad. Esta ciudad. Todas las ciudades.

No era algo que hiciera a menudo, el trabajo normalmente le mantenía demasiado ocupado, pero, aquella noche en particular, se sentía muy por encima de todos ellos. A mundos de distancia. Y no tenía nada que ver con la vertiginosa altura del rascacielos.

Tal vez compartieran el mismo espacio. Incluso podían respirar del mismo aire y beber de la misma agua. En ese y en otros aspectos se parecían. Pero eso era todo. Muy pocos podían alardear de haber trepado hasta lo más alto de *Biotech International*, y es que él, David Serra, había nacido para triunfar, para dominar, para hacer realidad sus deseos.

Por supuesto, había un precio y el precio siempre era el mismo: sufrimiento. No esa medicina amarga, descafeinada, que bebía la mayoría de la gente de tanto en tanto a la que llamaban sufrimiento. No. Él había bebido de una copa salpicada de vidrios rotos y después había pedido la botella.

Alcanzar el éxito significaba que otros no lo habían logrado y eso siempre dejaba cicatrices. Él llevaba las suyas con el orgullo de un soldado veterano. Pero como cualquier soldado, en ocasiones, debías enfrentarte a los fantasmas que te perseguían en sueños. Y, a veces, cuando los fantasmas eran legión, se te metían dentro y te acompañaban siempre, hasta que llegaba un momento en que no sabías donde acababas tú y empezaban ellos...

David rompió deliberadamente el hilo de sus pensamientos. Se enorgullecía de su velocidad mental al cavilar sobre un problema. Durante aquellos ejercicios los pensamientos eran como afluentes de agua cristalina, veloces y centelleantes. Pero si les daba rienda suelta durante demasiado tiempo al final acababan convergiendo, de forma inevitable, hacía un único torrente; un canal denso, lento, de aguas estancadas, pantanosas y hediondas, donde los pensamientos eran cadáveres que amenazaban con surgir desde las profundidades anegadas para arrastrarte hasta el fondo.

Sin embargo, aquello no importaba. El pasado estaba muerto, en otro país, a miles de kilómetros de distancia, mientras que el futuro le aguardaba tras la puerta de su jefe, el señor Sanabria. Una puerta de doble hoja, de reluciente madera caoba, con manijas doradas. Frente a ésta, con un desquiciante y repetitivo patrón, Alejandro, daba vueltas en círculos, igual que un león atrapado en la jaula de un zoológico. De vez en cuando se detenía, lanzaba una fugaz mirada al despacho de su superior y proseguía la marcha.

—Será mejor que te sientes y te calmes. Sanabria no se alegrará en absoluto si te nota tan

nervioso. Además, el ascenso lo tenemos ganado. Esto es solo una formalidad. Según tengo entendido la directiva al completo está reunida arriba —dijo David.

Alejandro le lanzó una mirada cargada de preocupación, pero hizo caso y se sentó en uno de los rígidos asientos de diseño que estaban dispuestos alrededor de una mesa maciza, toda ella de cristal, sin juntas.

—Lo que no entiendo es cómo tú puedes estar tan tranquilo —dijo en tono de reproche, e impulsado por un resorte oculto volvió a levantarse—. ¿Y dices que están arriba?

A David le pareció que su compañero se estaba acalorando visiblemente por segundos.

—Sí, en el piso de observación superior. Una vez al año los CEO de la empresa se reúnen en Shanghái. Creía que ya lo sabías. Por lo visto han reservado todos los pisos desde el 95 hasta el 100. No me extrañaría que incluso nos invitaran a la fiesta. Los hemos hecho un poco más ricos.

Alejandro asintió con varias inclinaciones breves de la cabeza y comprobó su teléfono móvil. Por un instante a David le pareció que quería saber la hora, pero se detuvo demasiado tiempo y rápidamente tecleó en la pantalla.

—¿Te estás mensajando con alguien?

—¿Perdona? —respondió Alejandro, con una pequeña risita—. No, para nada. Solo estaba comprobando una nueva aplicación de ofimática.

Sonrió y volvió el rostro hacia el móvil.

David supo que mentía. La sonrisa habría parecido sincera de no ser porque sus ojos distaban mucho de haber acompañado a los labios. Además, estaba aquella discreta inflexión en las palabras. Una tensión, sutil, pero tan real y evidente como el traje que su amigo vestía.

—Si estás quedando con alguna chica deberías decírmelo. Yo te cuento todos mis líos. No estás siendo nada justo.

—Y tú estás siendo un poco entrometido —dijo con unas breves carcajadas—. No es nadie importante. De verdad. Si fuera algo serio te lo contaría.

—Entonces admites que hay alguien. Venga, dame alguna pista. De nuestro departamento seguro que no. ¿Tal vez del piso 74?

—No es eso —contestó cortante, abandonando su habitual cordialidad—. Mira, ahora no puedo decirte nada. ¿De acuerdo? Cuando sepa algo más te lo haré saber.

Una alarma silenciosa sonó dentro de David. Era la clase de interruptor que se activaba cuando al caminar de noche escuchas unos pasos justo a la espalda, o cuando descubres olor a gas y te apresuras a abrir la ventana. Era la advertencia ante un desastre inminente.

—¿De qué estás hablando?

Alejandro hizo una pausa ante lo que se vislumbraba como un debate interno.

—Tiene que ver con la investigación sobre efectos secundarios en los medicamentos que vendimos al gobierno de Somalia —confesó al fin.

—No veo cual es el problema —dijo David—. Todo estaba en regla. Nos aseguramos de que

los informes no violaran ninguna ley, nacional o internacional.

—Sí. Tienes razón, pero tuve mis dudas y hace poco me puse en contacto con un investigador privado.

David no estaba seguro de querer saberlo. Las implicaciones de tales afirmaciones podían echar por tierra todos los esfuerzos que había llevado a cabo. A pesar de ello se descubrió formulando las palabras.

—¿Qué descubrió?

La pregunta quedó suspendida durante varios segundos y allí permaneció, flotando entre ambos, hasta que la puerta del señor Sanabria se abrió.

—Caballeros, adelante.

—... y debo admitir que algunos de mis colegas sospechaban sobre el éxito de esta negociación. Les aseguré que había escogido a los hombres adecuados y, la verdad, voy a disfrutar bastante restregándoles su escepticismo. Señores —continuó Sanabria, alzando la copa de wiski y esperando que tanto Alejandro como David lo imitaran—, por su éxito, por nuestro éxito, y por el cinco por ciento de los beneficios. Pronto descubrirán que al saldo de sus cuentas se le han añadido varios ceros.

—Gracias, señor —contestó David, elevando la copa y dando un sorbo.

—Gracias —dijo Alejandro tras carraspear.

¿Qué descubrió?

—Aunque no todo son buenas noticias. Lamentablemente solo tengo poder para promocionar a uno de los dos. Estoy seguro de qué lo entienden.

Aunque ambos entendían demasiado bien la declaración de Sanabria, les había pillado por sorpresa. El ascenso entre los candidatos, tal vez miles, se había convertido desde el principio en una carrera despiadada. Tuvieron que superar innumerables filtros, muchos de los cuales les había obligado a pisotear a otros competidores. Al final solo habían sobrevivido ellos a la purga, en parte gracias a sus habilidades, en parte, a una alianza que había terminado convirtiéndose en amistad. Se habían convencido, durante un tiempo al menos, que la competición, finalmente, había concluido.

Cuando sus miradas se cruzaron nuevamente...

¿Qué descubrió?

...el semblante les había cambiado. En otra época, a dos rivales, les hubieran arrojado un cuchillo al suelo, invitándoles a demostrar quién era el mejor combatiente. En la actualidad el juego había cambiado. Más civilizado. Se encontraban ante un nuevo tablero y ambos trataban de adivinar cuál era el siguiente paso a seguir.

—La decisión la tomaré durante la celebración, con el resto de los directivos; huelga decir que están invitados.

David intuyó las reglas como si las hubiera redactado el mismo. Serían los directivos quienes se decantarán por uno o por otro. Y tendrían un tiempo muy breve para demostrar que su candidatura era la más válida. No podía distraerse con...

¿Qué...

... nimiedades. En unas horas todo terminaría. Y poco importaban el resto de consideraciones.

Cuando salieron del despacho del señor Sanabria no intercambiaron palabra. Alejandro recibió una llamada y se alejó unos metros. David decidió que era su oportunidad para tomar ventaja de forma que se apresuró a los ascensores. Pulsó un botón y aguardó hasta que el timbre precedió la apertura de las puertas.

—¡David!

La mano de Alejandro se cerró sobre su hombro como una garra y tiró con fuerza para darle la vuelta.

—¿Qué quieres? Tengo prisa.

Alejandro tenía una mirada desesperada en el rostro.

—Olvídate de lo que nos ha contado. Antes me has preguntado sobre lo que había averiguado mi detective privado.

—Está todo en orden. Nosotros hicimos nuestro trabajo —dijo David en un tono que no sonó tan confiado como le hubiera gustado—. Ahora tenemos que...

—No. Te equivocas, no está todo en orden. Algunos de los documentos desaparecieron. Informes que demuestran que el medicamento, a largo plazo, puede provocar cáncer de estómago. Acabo de hablar con el detective, está en la entrada del edificio. Con los informes. Tenemos que hacer algo. Debemos presentarlos a las autoridades.

—Te das cuenta de lo absurdo que resulta... algo así no podría habérsenos pasado por alto.

—He visto una imagen de los documentos con mis propios ojos. En el móvil, justo antes de entrar al despacho. Te lo juro.

David planteó rápidamente varios escenarios y asintió.

—Tienes razón. Si esos documentos existen debemos hacer algo con ellos. Pero necesito verlos con mis propios ojos antes de hacer alguna tontería. Nos estamos jugando mucho aquí, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, por supuesto, lo que... —respondió aliviado.

—Voy a decirle a Sanabria que subiremos enseguida con los directivos. Tú, mientras, reúnete con ese detective y asegúrate de que los informes son verdaderos. Bajaré en un momento y decidiremos a dónde ir.

—Vale. Cuento contigo.

—Yo también —respondió David.

Ambos se sonrieron, un poco más viejos y cansados, y la puerta del ascensor se cerró.

Aunque la fiesta se había iniciado en el piso 97 no tardó en trasladarse, junto con sus invitados, a la plataforma superior, el *Sky Walk*, en el piso 100, que consistía en un largo y ancho pasillo con paredes de cristal a ambos lados.

Había numerosos grupos repartidos por el impresionante corredor acristalado. La música se entremezclaba con las conversaciones y las risas. Los directivos se unían y desunían en pequeños círculos, charlando, bromeando y bebiendo, igual que gotas de aceite que bailaran alguna clase de danza privada.

Al principio, los apretones de manos junto con las felicitaciones le habían agradado, pero al cabo de un rato, y unas cuantas copas, David tuvo la sensación de que las sonrisas, antes cálidas y amistosas, habían adquirido un tono burlesco. Los rostros empezaron a convertirse en borrones confusos, repetitivos, como un disfraz que se hubiera puesto de moda en un carnaval.

En algún momento de la noche tuvo la determinación de no tomar ni una sola gota más de alcohol y, sin embargo, siempre se descubría sosteniendo una copa de wiski o de ron que alguien le había obsequiado.

Se detuvo, apoyándose con una mano en el ventanal transparente que ofrecía una visión panorámica de la Shanghái nocturna. La idea de encontrarse a casi 500 metros sobre el suelo, separado tan solo por una pared de cristal le hizo sentirse ínfimo, frágil, y por completo mareado.

Una picazón suave pero persistente le agujoneaba los pensamientos, pasando incluso sobre el acolchado cojín de la bebida. Delatar a Alejandro ante Sanabria, explicarle que éste iba a echar por tierra todos los esfuerzos por un repentino ataque de conciencia se había convertido en la más difícil de las pruebas. Y aun así la había superado.

Aquellos papeles eran un estorbo para el proyecto, su proyecto. Se habían dedicado años en la inversión de aquel medicamento. Millones gastados en la investigación, producción y la próxima distribución. Y las negociaciones. En realidad, las negociaciones habían sido la parte más sencilla y él había sobrellevado el peso de los acuerdos. Él cerró el trato. ¿Acaso no merecía una pizca de reconocimiento por haber cerrado aquel negocio? Incluso fue él quien se dio cuenta de la existencia de aquellos informes y los hizo desaparecer. Con discreción. No eran unos informes conclusivos y, aunque lo fueran, ¿acaso debían destruir un medicamento eficaz por unos posibles efectos a largo plazo? ¿No valía la pena salvar unas vidas en el presente, aunque más adelante estuvieran condenadas? Dio un sorbo a la copa de wiski y, con una sonrisa amarga, asintió. Claro que sí.

—¿David?

Una punzada de pánico le recorrió las entrañas al escuchar el timbre de Alejandro pronunciando su nombre. Se giró al tiempo que se apartaba bruscamente del cristal, igual que si le hubieran soltado una descarga eléctrica. Se había confundido. Allí solo estaba Sanabria.

—Parece que has bebido más de la cuenta, muchacho —dijo su jefe y, aunque su tono poseía la

formalidad habitual, David tuvo la impresión de que se estaba riendo, de alguna forma se reía a carcajadas por alguna clase de broma que no alcanzaba a entender.

El señor Sanabria llevaba dos copas de champán. Gotas de fría humedad se deslizaban con elegancia por el exterior mientras las burbujas estallaban en la superficie. La música se había detenido y descubrió que el resto de los invitados tenían los ojos clavados en él. Todos sostenían una copa de champán y le miraban, algunos con severidad, como si les hubiera interrumpido en mitad de un acto religioso, mientras que otros sonreían. No, no sonreían. Pretendían sonreír. Aquellos rostros se cubrían de sonrisas rígidas, falsas... y David tuvo el absurdo impulso de salir corriendo hacia los ascensores. En su lugar cogió la copa que Sanabria le ofrecía.

—Toda la directiva quiere hacer un brindis de bienvenida en tu honor —se giró hacia el resto de invitados y continuó: —Por favor, caballeros, alcemos la copa y brindemos por nuestra última incorporación. El señor David Serra.

David se apresuró a beber tembloroso el contenido de la copa y todo el mundo brindó y bebió en medio de un silencio solemne.

—Perfecto —dijo Sanabria—. Ahora toca la cena. Qué traigan el cerdo, por favor.

—Señor, acerca de Alejandro...

—Shhh —le interrumpió—, has obrado bien. Lo cierto es que no esperaba que fuera de otra forma. Verás, David, nosotros —he hizo un ademán que abarcaba el resto de la directiva— valoramos la astucia y la ambición, pero valoramos, todavía más, la astucia y la ambición que viene acompañada de lealtad. Alejandro...

David notó un ligero entumecimiento en las piernas y trató de sacudirlas, pero éstas no respondían. Los efectos del alcohol se estaban disolviendo con la misma rapidez que un muñeco de nieve bajo un sol de verano y su lugar estaba siendo ocupado por un frío que le paralizaba todos los músculos del cuerpo.

—...sobresalía en las dos primeras. Lamentablemente flaqueaba en cuanto a la lealtad. Te pondré un ejemplo. ¿Sabías que había preparado una trampa para que pareciera que quisieras hacernos chantaje y luego pensaba vender secretos corporativos a la competencia? Supo de la reunión de hoy antes que tú. E incluso había preparado un numerito para sacarte del edificio y ganarse nuestra confianza. Lo que sucede...

El pitido del ascensor sonó audible al otro extremo del corredor y el ruido de unas diminutas ruedas fue creciendo en la distancia.

—...es que en algún momento hay que darle más valor a la lealtad. No podemos permitirnos la traición en nuestras filas. Llevamos demasiado tiempo trabajando en esto. Pero no te preocupes. Ya eres, prácticamente, de los nuestros. Solo queda...

Los directivos se fueron apartando para dejar paso a una mesa plateada. Los bordes se elevaban por encima de la plancha central y David tuvo la impresión de que se trataba de una mesa de autopsias. Encima de la mesa había un cuerpo desnudo. Despedía un fuerte olor a jabón y había sido desprovisto de todo el vello corporal. Se asemejaba a un gran gusano blanco. El cuerpo estaba rígido, pero los ojos se movían, frenéticos, desesperados. Cuando cruzaron las miradas

David reconoció a Alejandro.

—...quitarnos las máscaras.

Vio con desesperación como el resto de invitados se fueron aproximando, colocándose en corro a su alrededor y alrededor de la mesa. Unas manos le sostuvieron la espalda y la cabeza, evitando que se desequilibrara y cayera al suelo. Sanabria sacó un estuche negro de la americana y, con delicadeza, lo abrió para extraer un bisturí. La hoja era diminuta, como el cabezal de un pincel, y refulgía con promesas de sangre, tendones seccionados y músculos desgarrados.

Sanabria se detuvo a escasos centímetros de David, apoyando el bisturí en su frente, justo debajo del nacimiento del cabello, y entonces empezó a sonar “I’ve Got You Under My Skin”, de Frank Sinatra. Algunos de los directivos murmuraban entre sí mientras unos pocos asintieron con satisfacción.

La cuchilla empezó a deslizarse por el contorno de su frente con una facilidad terrorífica, dibujando, abriendo, una delgada línea carmesí. La humedad llegó antes que el dolor. Gotas de cálida humedad que se detenían en el vello de las cejas o bajaban presurosas por las mejillas. El calor fluyó por los labios hasta el interior de la boca y la lengua se dio un baño con el sabor metálico, repulsivo, de la sangre.

El dolor estaba ahí, frío, punzante, irrigando los nervios mientras la carne era separada con despiadada eficacia. Pero el dolor estaba atenuado por algo más inmediato y abrumador, el horror del testigo impotente.

El bisturí continuó descendió hasta la mandíbula y siguió su recorrido, lento, implacable, pasando por debajo del mentón hasta el otro lado del rostro. Hubo una breve pausa, un giro vertical de la hoja, y el ascenso hasta cerrar la línea con el punto de partida.

Sanabria dio un paso atrás y le cedió el bisturí a uno de los ejecutivos trajeados. Contempló su obra con visible deleite y volvió a acercarse. En esta ocasión palpó la larga hendidura bajo la mandíbula y hurgó. Hurgó varios segundos, con las palmas de las manos hacia sí, hasta hundir las yemas de los dedos bajo la piel, formando una pinza con los pulgares.

En un rincón, muy lejos de allí, en un lugar secreto y aislado, David estaba configurando un cuadro de lo que iba a suceder a continuación. Retazos de pensamientos, jirones de posibilidades, que fueron girando, ajustándose, igual que las piezas de un extraño puzle. Y, cuando la imagen se tornó monstruosamente nítida y evidente, Sanabria empezó a tirar hacia arriba y David empezó a gritar. No con la garganta, los pulmones o los labios. El grito estalló en su interior y rebotó en las cavidades infinitas del pensamiento.

Podía escuchar, sentir, como la piel —su piel— le era arrancada del rostro, igual que un vendaje que hubiera quedado adherido a la carne por demasiado tiempo. El mundo entero quedó reducido a un dolor palpitante y desgarrador que se confundía con aquella mezcolanza de imágenes sin sentido...

...el señor Sanabria tirando de él con una sonrisa, ¿sádica?, no, ¿alegre?, sí, estaba alegre...

...un instante de rojiza oscuridad...

...los aplausos, me aplauden a mí, lo he logrado, me han aceptado...

...aquel rostro que flotaba delante... era una cara familiar, pero ¿por qué no tenía ojos?

Fue entonces cuando se impuso el silencio y la oscuridad. Un silencio que aplastaba todas las sensaciones como un dios inflexible. Era el sonido del vacío; marcando, con su ritmo estático y monocorde, el final de todo. El final del tiempo, el final de los sueños, el final de la vida. Y deseó que desapareciera. Deseó matar el silencio y reclamar su lugar.

En algún punto que flotaba entre el vacío de la conciencia se escuchó una voz, quebrada y moribunda, que se abrió paso, subyugando el silencio, acallándolo. Se elevó en un aullido siseante que hablaba de sacrificios y triunfos, de horrores y placeres. Era el grito de un recién nacido, el grito con el que nacían todos los monstruos. Y el que había sido David Serra descubrió que era suyo.

Durante un minuto se quedó observando el reflejo serpentino que le devolvía la mirada desde el largo ventanal de observación. Sanabria le había dado el mayor de los regalos, le había arrancado la máscara para dejar su alma al desnudo.

Pudo observar como sus hermanos también se habían liberado de sus falsos rostros. Se los quitaban con lentitud y parsimonia, tirando de la piel igual que si fueran máscaras de carnaval, revelando facciones grotescas, similares a las de los animales. Muchos tenían las mandíbulas desencajadas, repletas de afilados incisivos, y el rostro cubierto por escamas de reptiles. Otros tenían hocicos cortos y grotescos, flanqueados por colmillos torcidos. Un tercer grupo abría y cerraba sus grandes picos de ave. Y los ojos... no entendía como había podido haber pasado por alto aquellos ojos. Fríos soles dorados; pozos de brillante oscuridad; rabiosos de sangre carmesí. Todos hambrientos, fieros y bellos.

Los invitados se fueron congregando, con pasos cortos, inquietos, alrededor de la mesa de autopsias donde el cuerpo de Alejandro aguardaba a que hiciera los honores. Su mirada había perdido el brillo nervioso y desesperado, para quedarse clavada, ausente, en algún lugar que quedaba más allá del piso de observación. Tal vez, un lugar tan lejano que ya nada podría alcanzarle.

El primero mordisco fue en el estómago y la carne cedió, blanda, caliente y sabrosa. La sangre empezó a manar con pequeñas sacudidas y otros se animaron. Empezaron a mordisquear el rostro, a picar por las piernas y el pecho. El pasillo se llenó de gruñidos y graznidos, mientras los invitados iban entrando y saliendo del círculo para dejar que todos probaran el primero plato de la noche.

Después de varias horas, tras haber devorado la carne y triturado los huesos, uno a uno, los monstruos fueron dejando caer la cabeza hacia atrás e iniciaron un grito solemne que se elevó como una canción. Cada voz imprimía una nueva cualidad al coro, como un tejido al que se fueran sumando hilos únicos, fuertes y elegantes, hasta formar un tapiz complejo, radiante, que ondulaba sobre aquella ceremonia de sangre, horror y revelación.

En aquel momento, mientras se consumaba el banquete, a mundos de distancia, algunos habitantes de la ciudad de Shanghái, envueltos en mortecinas luces de neón, alzaron la mirada en dirección al piso de observación. Allí arriba se estaba celebrando una fiesta. Tuvieron un fugaz pensamiento, informe, más parecido a un impulso, que se concretaba en el deseo de estar entre

aquellos hombres de éxito, fueran quienes fuesen, y la certeza de que serían capaces de cualquier cosa para lograrlo.

Las casas malditas

Ocurrió en Serrada, durante el verano de 1995, más concretamente el 28 de agosto, aunque los periódicos no se hicieron eco hasta varios días después, cuando el caso —si es que realmente llegó a considerarse como tal— ya estaba zanjado y la noticia no pasó de ser una mera reseña en la sección de sucesos.

Una revista de parapsicología le dedicó cuatro páginas, incluyendo varias fotografías en blanco y negro de la Casa del Maquinista (tal y como era conocida por algunos habitantes del pueblo). El artículo, con evidentes tintes sensacionalistas, aprovechaba el suceso como pretexto para relatar el funesto pasado del caserón; carente de un sincero interés por averiguar qué les había sucedido a aquellos jóvenes.

Las historias recogidas eran en su gran mayoría invenciones nacidas a partir de los ominosos sucesos acaecidos entre sus muros y que exponían anécdotas repletas de sadismo donde cabían los rituales satánicos, los sacrificios de bebés e incluso el canibalismo.

Sin embargo, no todas las anécdotas que aparecían entre sus líneas andaban tan torpemente desencaminadas de la verdad. Como el incidente en 1983, con la extraña desaparición de las hijas del último ocupante, Héctor Zuriaga. O el homicidio múltiple y posterior suicidio en 1958, perpetrado por Gregorio y Blasina Saez; el matrimonio que presuntamente asesinó a sus tres hijos varones, se deshizo de los cuerpos (nunca los encontraron) y, a continuación, utilizó una manguera de riego para ahorcarse.

Hubo otros acontecimientos similares a lo largo de los años, pero estos dos ejemplos fueron los únicos mencionados en aquel desviado artículo. En conjunto, resultaba ser un relato insidioso, plagado de actos macabros y exagerados que ayudaban a establecer la tesis de la casa maldita: sucesos violentos que dejaban una huella —llámese a esta huella fantasmas o demonios— y cómo podía actuar sobre los habitantes, influenciando sus mentes hasta obligarles a cometer atrocidades.

No resultaba extraño que la Casa del Maquinista con su silueta de líneas rectas, hermética, aislada de la población, e inmune al mordisco del tiempo, irradiara un aura de misterio que sin duda atrajo a aquellos jóvenes de la misma forma que una intensa luz nocturna habría atraído a las curiosas polillas.

Y aunque la sana y comprensible curiosidad juvenil jugara un papel evidente en lo sucedido también sirvió, a su vez, de cortina de humo. La curiosidad disfrazó el auténtico motivo por el que aquellos tres jóvenes se vieron ineludiblemente seducidos por la Casa del Maquinista.

Tenían diez años y aunque pudiera parecer extraño que unos niños tan diferentes entre sí formaran una pandilla inseparable durante el verano de 1995 el motivo habría resultado evidente para cualquiera que se hubiese detenido a observarlos con atención. Los tres estaban rodeados por una coraza invisible (los protegía y los separaba al mismo tiempo) de soledad. Fue esa horrible armadura la que se convirtió en una fuerza de atracción, un campo magnético dónde, al contrario de lo que ocurre con las cargas eléctricas, los iguales se atraen.

Al principio del verano, cuando el camino hasta la Casa todavía les era desconocido, los tres recorrieron, perdidos, calles conocidas.

Vagaron sin rumbo por Serrada hasta que sus destinos confluyeron una mañana a mediados de junio en el cauce del río Paños, que lindaba a un par de kilómetros al sur del pueblo. Llegaron sin ningún motivo aparente. O, por lo menos, ninguno que ellos pudieran expresar con palabras.

Samir (a quien en el pueblo llamaban, y no precisamente de forma amistosa, “el moro”) y Alicia se encontraron al comienzo del sendero de tierra, seca y polvorienta, que conducía hasta el Paños.

Ambos se conocían de vista, pero no tenían relación alguna ya que, aunque tenían la misma edad, Alicia iba dos cursos adelantada. La conversación, mientras descendían por el camino, fue breve e incómoda. Ninguno supo explicar por qué se encontraba allí ni cuál era su intención al llegar. Parecían peregrinos que, ante un viaje peligroso, hubieran optado por la seguridad que ofrecía la compañía de otro ser humano y así prosiguieron, cautos, intercambiando silencios y breves palabras.

Al llegar al río descubrieron que el caudal agonizaba. Avanzaba lento, sin ninguna prisa, formando pequeños embalses en su recorrido, allí donde las rocas se acumulaban por la distribución del terreno, mientras los batracios se congregaban en las islas flotantes de algas adheridas a los márgenes.

La vegetación —cañadas, matorrales con espinas y maleza— se colaba entre los huecos pedregosos próximos al agua donde crecía salvajemente, ocupando cada rincón de tierra húmeda.

Hubo un momento de inflexión en que estuvieron a punto de tomar una dirección diferente y así habría sido de no ser por la aparición de Víctor. Advirtieron su presencia —hasta entonces desapercibida al encontrarse de cuclillas tras unos matorrales— cuando éste se incorporó de golpe mientras maldecía entre dientes.

Tanto Alicia como Samir se habían cruzado por el pueblo con Víctor, pero ninguno se había atrevido a iniciar una conversación. Era un forastero. Ni sus padres ni él vivían durante el resto del año en Serrada, sino que aprovechaban las vacaciones estivales para pasar allí los meses más calurosos, lejos de la capital de provincia.

Al acercarse descubrieron que estaba parado frente a un cangrejo. El crustáceo, encarado hacia el muchacho, alzaba ambas pinzas amenazadoramente sin ninguna clase de complejo porque su contrincante fuera mucho más grande que él.

—Hola. Menudo bicho, ¿eh? —dijo Víctor con timidez cuando Samir y Alicia se detuvieron a la prudencial distancia de un par de metros.

—Ya te digo —respondió Samir—. Parece un boxeador en miniatura.

—Es un *procambarus clarkii* —dijo Alicia sin darle demasiado énfasis a la información.

—¿Un qué? —preguntó Samir en una exclamación que atrajo la atención del cangrejo.

—*Procambarus clarkii*.

—Te lo estás inventando. Es un cangrejo —contestó Samir.

—Sí, es un cangrejo. Pero este en particular es un *procambarus clarkii*. Una especie invasora de Estados Unidos que ha acabado con la mayoría de cangrejos autóctonos.

—Ah, vale —respondió Samir, volviendo la atención al cangrejo que, aprovechando la

distracción, retrocedió de espaldas hasta el agua sin bajar las pinzas ni perder de vista aquellos potenciales enemigos.

Víctor, que se había quedado al margen de la pequeña discusión, se decidió a hablar.

—¿Os gustaría que exploráramos juntos el río? —dijo, con una inseguridad en su tono que parecía dar por hecho una respuesta negativa.

Sin embargo, y para su sorpresa, estuvieron de acuerdo. Y a partir de aquel momento la amistad entre los tres jóvenes surgió con la fluidez y la naturalidad que tan solo la juventud permite. Una amistad entretejida con las hebras que antes formara su soledad, cerrando pozos de verdades secretas, ocultas bajo la piel y los recuerdos.

Cada día se encontraban y cada día buscaban nuevos lugares que visitar. Exploraron la vieja iglesia calcinada. Encontraron una antigua cueva que se prolongaba durante varios kilómetros bajo la montaña. Descubrieron tesoros imaginarios al mismo tiempo que se descubrían entre ellos, en esa maravillosa aventura donde los amigos recorren a tientas —a veces con torpeza, a veces con cuidado— el mundo interior del otro.

Y paso junio. Y julio. Y pronto se dieron cuenta de que el verano, en apariencia interminable, pronto llegaría a su fin tras el abrasador mes de agosto. Ese frágil y urgente triángulo de amistad se rompería, empezaría el curso escolar, y su camino se quebraría en tres senderos con tres destinos distintos.

Ninguno hablaba de ello, pero conforme pasaban los días la tensión crecía y crecía, como si el tiempo mismo se hubiese convertido en un sable imparable que los empujara por el tablón de un barco pirata, obligándolos a saltar a un mar lleno de tiburones.

Las historias sobre la Casa del Maquinista se filtraron cada vez con más frecuencia en sus conversaciones. Finalmente, tras averiguar el camino, fue Alicia quien sugirió visitarla. La casa maldita. El más terrorífico de los lugares. Una idea que les encantó.

La tarde del 28 de agosto Samir y Víctor acudieron a recoger a Alicia a casa de sus abuelos, quienes se hacían cargo de ella durante el verano. La encontraron en la fuente que quedaba frente a la casa absorta en la tarea de mojarse las manos para, a continuación, frotarse las piernas con fiereza.

Antes de llegar, Víctor casi suplicaba a Samir que le dejara probarse, aunque solo fuera por una vez, aquella cazadora de aviador que parecía más una segunda piel que una prenda de ropa. El chico le tenía tal aprecio a la cazadora que en todo el verano nunca lo habían visto sin ella, pues aseguraba que apenas daba calor y era más cómoda que una camisa.

Víctor llamó la atención de Alicia tocándole el hombro y ésta giró sobresaltada. Retrocedió un par de pasos, trastabilló y casi cayó de espaldas. Los ojos vidriosos contenían lágrimas a punto de saltar.

—¡No vuelvas a asustarme así!

Ambos muchachos se quedaron paralizados y Alicia cruzó los brazos sobre su pecho mientras apartaba la mirada.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Samir.

Por debajo de los pantalones caquis de exploradora ambos muslos lucían enrojecidos. La cara interna prácticamente en carne viva. Surcos, de un rojo radiante, por donde habían pasado las uñas.

—Me ha picado un bicho —respondió por fin, al cabo de unos segundos.

No dijeron nada.

—Podemos ir a buscar ayuda —respondió Samir al fin.

—Ya pasará.

Alicia se colgó en la espalda la mochila que quedaba junto a la fuente. El dibujo en vivos colores de Peter Pan y Campanilla en pleno vuelo, supuestamente sobre la ciudad de Londres, saludó a Víctor y Samir.

—¿Vais a venir o qué? —dijo Alicia, girando sobre sí misma mientras caminaba, ahora con una sonrisa que, ensombrecida por aquellos ojos tristes, se esforzaba por dejar la escena tras de sí.

Y fueron.

Para llegar a la Casa del Maquinista tomaron el mismo sendero que conducía al río y por el que, hacía tan solo unos meses, Samir y Alicia se habían encontrado. Caminaban a paso ligero, con la intención de estar de regreso antes de que el sol se hubiese ocultado tras un horizonte quebrado por las crestas de inalcanzables colinas.

—¿Por qué se llama la Casa del Maquinista? —preguntó Víctor al cabo de un rato.

—No tengo ni idea, tío —respondió Samir—. Tal vez vivía un loco de esos, como el de la sierra mecánica, en la peli de La Matanza de Texas. El otro día pasé por el videoclub y vi la carátula. Te habrías cagado de miedo solo con verla. El malo se llama Caracuero.

—No me habría cagado solo de verla —protestó Víctor—. Y no creo que en esa casa haya vivido ningún loco. Eso solo ocurre en las películas.

Samir le respondió a Víctor con un empujón que lo hizo desviarse un poco, pero sin llegar a detener la marcha. Víctor también lo empujó y los tres se rieron cuando Samir chocó con Alicia.

—Samir tiene razón —anunció la chica, mirando al frente.

Samir la observó con suspicacia. Alicia rara vez daba la razón a alguien ya que por lo general era ella quién la tenía.

—¿Ah sí? ¿En qué?

Alicia le dedicó una amplia sonrisa; unos ojos brillantes de astucia que parecían haber olvidado la escena anterior; aunque, en realidad, nunca pudiera olvidarla por completo.

—En que no tienes ni idea.

Hubo más risas.

—Bueno, pues en ese caso, háganos saber por qué se llama así —le instó Samir, tratando de parecer que la broma lo había molestado un poco, aunque en realidad no fuera el caso.

—Será un honor sacarlos de su ignorancia, caballeros...

—Nos ha llamado caballeros —informó Víctor a Samir, mientras abría los ojos desmesuradamente, como si fuera un dibujo animado.

—A veces yo también puedo equivocarme —dijo Alicia.

—¿Puede equivocarse? ¿Lo ha admitido? ¿Tú también lo has escuchado? —le preguntó Samir a Víctor.

—Bueno, ¿queréis que os lo cuente o no?

Ambos dejaron las bromas y asintieron con la cabeza.

—Sabéis donde está la estación del tren, ¿verdad? —no esperó respuesta pues los tres conocían el desvío que salía de la carretera principal de Serrada y conducía a la susodicha estación—, pues hace más de diez años, tal vez quince; no se la cifra exacta —aclaró—, la estación y las vías del tren, no estaban donde están ahora, sino que pasaban muy cerca del cauce del río. El encargado de vender los billetes vivía en una casa próxima a la estación. Por eso la llaman la Casa del Maquinista.

—¿Pero él no conducía ningún tren? —preguntó Samir.

—Que yo sepa no —dijo Alicia.

—¿Y qué le pasó? —siguió Víctor.

Alicia dejó que los segundos resbalaran uno sobre otro, con lentitud, antes de responder: —Algo malo. Algo realmente malo.

—Joder —dijo Samir, y ninguno volvió a abrir la boca hasta llegar al río. Avanzaron meditabundos, tal vez deseando que alguno propusiera echarse atrás; tal vez temiendo que si alguno lo propusiera el resto aceptaría y perderían la oportunidad de adentrarse en aquella casa tan siniestra.

Con el calor del verano el caudal del Paños había descendido mucho, pero todavía arrastraba suficiente agua como para tener que buscar un sendero de piedras que permitiera cruzar sin mojarse. Continuaron corriente abajo y no tardaron en encontrar un tramo con piedras lo bastante grandes y próximas entre sí.

Una vez al otro lado recorrieron un sendero al que la maleza había engullido casi por completo. En menos de un minuto empezaron a vislumbrar la techumbre alargada de un edificio que constaba de una sola planta baja, elevado sobre unos cimientos con gruesos ladrillos de cemento al descubierto.

Las paredes habían sido ametralladas con grafitis que luchaban entre sí por cubrir cada centímetro de espacio libre. Cavidades ciegas, donde antes hubo ventanas, mostraban la oscuridad del interior.

—Pues vaya mierda de casa encantada —dijo Samir.

—No seas burro, esta debe de ser la antigua estación —explicó Víctor.

Samir se quedó observando la estructura un rato, pasó el brazo por encima de los hombros de Víctor y dijo: —Al final parece que se te está pegando algo de la inteligencia de Alicia.

—Podríamos ver que hay dentro —sugirió la aludida.

Los dos chicos asintieron y se metieron en el papel de exploradores. Sin necesidad de acordarlo fueron avanzando en formación de punta de flecha con Alicia a la cabeza mientras Víctor y Samir caminaban ligeramente atrasados; vigilando los lados. La muchacha eligió dar un rodeo a la estructura y se vio obligada a apartar la vegetación, alta, escuálida y quebradiza, que se extendía en todas direcciones.

Cuando llegaron a la parte delantera de la estación contemplaron el terreno donde los rieles de las vías marcaban el viejo recorrido, con las traviesas del ferrocarril hendiendo el suelo; un claro de piedras blancas entre cada tablón sobre el cual ni la maleza era capaz de clavar sus raquíicas raíces.

En la estación, una ancha escalera compuestas por cuatro peldaños ascendía al vacío que en el pasado había alojado una puerta de doble hoja. La única huella de su existencia eran los orificios dejados por las bisagras en los márgenes del muro.

Como uno solo, fueron ascendiendo los escalones, pero antes de cruzar el umbral Alicia paró en seco estirando los brazos en dirección a sus amigos.

—¿Por qué...?

Empezó a preguntar Samir, pero Alicia lo interrumpió poniendo un dedo delante de la boca y, a continuación, señaló su oreja. Los dos chicos subieron otro peldaño para escuchar mejor. Al principio no oyeron nada y Víctor hizo un gesto interrogante con el rostro. Ésta, movió las manos, pidiéndole que esperara. Al cabo de unos segundos lo oyeron. Era un sonido lento, gorgoteante, cavernoso. Recordaba al gruñido de un perro. El sonido subía y bajaba a ritmo regular, en un compás inquietante.

—¿Y si hay un lunático como Caracuero? —dijo Víctor delirando entre susurros.

—Eso no es posible, tío —contestó Samir dubitativo, como si supiera que tenía razón, pero al mismo tiempo temiendo estar equivocado.

El sonido se interrumpió. No fue disminuyendo, sino que se detuvo en seco y los tres quedaron anclados a los escalones, incapaces de mover un músculo o de respirar. Del interior de la estación surgió el gemido del metal arañando el suelo; un sonido que, conforme se fue acercado, se convirtió en un ruido estridente y terrible.

Cuando Samir ordenó con un grito: —¡Corred! ¡Es Caracuero! —los tres obedecieron. Más que saltar, volaron por encima de las vías. Samir, que era el más rápido de los tres, encontró un montículo de tierra tras el que esconderse y sobre el cuál aterrizó, lanzándose en plancha, igual que un soldado en mitad de un tiroteo. Alicia y Víctor corrieron tras su sombra, imitándole hasta caer a su lado.

Se quedaron con las cabezas gachas y los ojos entornados, ocultos tras un escaso velo de vegetación. De la vieja edificación lo que surgió no fue el terrible Caracuero —zarandeando una rugiente sierra mecánica en busca de nuevas víctimas— sino la figura lamentable y harapienta de un hombre.

Su diestra arrastraba una pala de mango largo con la cabeza de acero besando el suelo. Con la

otra mano se cubrió los ojos en el momento en que el sol le dio en la cara. Tenía el torso desnudo y una barriga obscenamente hinchada que se bamboleó cuando su propietario giró con brusquedad para esconderse de nuevo en la oscuridad que ofrecía la estación.

—Solo es un vagabundo —dijo Alicia todavía recuperando el aliento.

La risa de Víctor fue de menos a más, con pequeñas convulsiones, mientras la iba interrumpiendo con vocecilla chillona: —¡Corred! ¡Es Caracuero!

Samir le arreó un puñetazo en el hombro, pero esto solo consiguió que la risa de Víctor se convirtiera en una carcajada mientras se retorció en el suelo, repitiendo, una y otra vez, la frase de su amigo. Alicia se contuvo tanto como pudo, pero al momento empezó a reír y Samir, incapaz de resistir, también se les unió.

Al cabo de un minuto ya se habían calmado y Víctor se estaba secando unas lágrimas con el dorso de la mano.

—Pero el que dijo que podía ser Caracuero fuiste tú —subrayó Samir.

—Sí, sí —concedió Víctor de buen humor.

—Deberíamos ponernos en marcha, la casa está aquí al lado —explicó Alicia.

El árido sotobosque fue sustituido por árboles cada vez más abundantes y pronto el sendero de tierra se convirtió en un camino salpicado por restos de adoquines que, con el paso del tiempo, se habían desprendido o habían sido enterrados por el polvo y la hojarasca. Fue entonces, tras una pronunciada curva, como La Casa del Maquinista surgió abruptamente.

Era un gigante pardo de tres plantas, con una descomunal boca de ladrillos donde otrora estaba la puerta principal. La fachada del edificio albergaba más de media docena de ventanas romboides, enquistadas de tierra y suciedad adherida. Un enrejado en hierro negro confería a cada una de ellas la apariencia de una enorme pupila.

—Vale, este sitio es, oficialmente, una pasada —declaró Víctor.

—Es bonita. Y un poco triste —dijo Alicia con tono soñador.

—¿Triste? —preguntó Samir mientras daba unos golpecillos al muro de ladrillos que ocupaba el lugar de la puerta.

—Sí. Está aquí, en mitad de ninguna parte. Muy sola.

—Las casas no están solas —dijo Víctor.

Samir tiró con ambas manos del enrejado de una de las ventanas tan solo para descubrir que no se movía un ápice.

—Creo que no vamos a poder entrar —y con pragmatismo se giró para añadir: — ¿Merendamos?

—Es una idea estupenda —convino Víctor. Ambos muchachos se quedaron mirando a Alicia.

—Algo me dice que no habéis traído nada. Menos mal que por lo menos yo he venido preparada.

Alicia localizó una piedra plana, no muy alta, sobre la cual descolgó la mochila de Peter Pan y,

ordenadamente, colocó una pequeña botella de agua y tres bultos alargados envueltos en papel de plata.

—Me encantan los bocadillos que hace tu abuela —le aseguró Samir que se había sentado junto a la piedra con las piernas cruzadas.

Víctor cogió uno, dudó un instante sobre sentarse o no y, finalmente, lo hizo al darse cuenta de que los pantalones ya estaban sucios de tierra y no tenía nada que perder. Alicia desenvolvió el suyo con lentitud y cuidado, como si el papel de plata fuera realmente valioso.

—Éstos los he preparado yo. Mi abuela se ha marchado con unas amigas a pasar una semana en Lanzarote.

Siguieron comiendo. Masticando, engullendo y digiriendo tanto los bocadillos como lo sucedido en aquel día. Ideas que, una vez conectadas, ya no podían desaparecer.

—¿Dónde está Lanzarote? —preguntó Samir, un tanto incómodo por el silencio que se había levantado entre ellos.

—En las Islas Canarias, al suroeste de Marruecos —respondió Alicia automáticamente.

—Tú padre es de Marruecos, ¿verdad? —dijo Víctor dirigiéndose a Samir.

—Sí —respondió el muchacho sin levantar la vista del bocadillo al que había arrancado el envoltorio.

—Entonces, ¿estás sola con tu abuelo? —preguntó Víctor con todo el tono de casualidad que pudo reunir.

La muchacha no pareció haber escuchado la pregunta. Doblaba pulcramente el papel de plata, plegándolo, una y otra vez, sobre sí mismo; apretando y apretando, cada vez con más fuerza, hasta que quedó reducido en un grueso cuadrado de tamaño minúsculo.

—Tengo frío —dijo al terminar. A pesar de que el sol todavía calentaba por encima de la línea de árboles y la brisa que les llegaba era tibia y agradable, Alicia se removió en su sitio con un escalofrío.

Samir se quitó la chaqueta de aviador y cubrió con ella los hombros de Alicia, en un gesto mucho más maduro y tierno de lo que ninguno de los tres, Samir incluido, se suponía capaz.

—Gracias. Al final va a resultar que sí eres un caballero.

—Bueno, ya sabes, tú rara vez te equivocas —respondió Samir.

—Pero tío que te ha pasado en el brazo —exclamó Víctor.

El muchacho apretó los labios, torció una sonrisa, y sacudió la cabeza.

—No es nada.

Alicia le cogió el antebrazo y lo estiró hacia sí. Había más de media docena de pequeñas cicatrices esféricas, hundidas en la piel como diminutos cráteres lunares. Se hallaban repartidas al azar, a lo largo y ancho del brazo. La mayoría parecían viejas, pero algunas todavía conservaban una costra de un intenso bermellón.

—Son quemaduras —dijo Alicia, y un segundo después los ojos casi se le salieron de las

órbitas al comprender—. Son quemaduras de cigarrillo.

—No duelen tanto como te puedas imaginar. En serio.

—¿Te las has hecho tú? —preguntó Alicia, todavía estupefacta.

—¿Yo? ¿Estás loca? —apartó la mirada en un gesto, mitad molesto, mitad avergonzado—. Me las hizo mi madre, pero solo cuando me porto mal —añadió. Y al momento contempló a ambos con una expresión teñida de pánico—. No se lo podéis decir a nadie o me ganaré una buena. ¿Entendido? A nadie.

—¿Y tu padre lo permite? —siguió preguntando Alicia.

—Te aseguro que es mejor que mi madre se encargue de los castigos.

—Pero, tío ¿por qué iba tu madre a hacerte eso?

Samir contempló a sus amigos como si los viera por primera vez o éstos se hubieran vuelto repentinamente idiotas.

—Porque me lo merezco. Mis padres, las maestras de la escuela, los chicos de clase... todo el mundo sabe que no soy bueno —hizo una pausa—, excepto vosotros. Y no pasa nada... quiero decir que no pasa nada, aunque vosotros también lo penséis. Sois mis amigos. Los únicos que tengo.

—No pensamos eso de ti —dijo Alicia, antes de arrimarse a Samir para darle un abrazo.

—Si lo llego a saber me quito la chaqueta mucho antes.

La muchacha se apartó con los ojos vidriosos y le dio un golpe en el hombro como los que él solía propinarles en broma.

—Por mi parte no esperes abrazos —dijo Víctor que, vacilante, le había colocado una mano sobre el hombro.

Samir le regaló una sonrisa cansada.

—¿Qué tal si damos una vuelta alrededor de la casa y nos vamos?

Víctor se encogió de hombros.

—Claro, de todas formas, oscurecerá en un rato.

Se movieron con lentitud alrededor de la finca, en actitud reverencial, como si estuvieran frente al esqueleto de un dinosaurio desenterrado y depositado para su disfrute.

—No me importaría vivir en una casa como esta —declaró Samir.

Y un silencio de conformidad surgió entre Alicia y Víctor.

Giraron la esquina para dar a la fachada posterior y siguieron el recorrido hasta detenerse frente a la última ventana de la planta baja. Víctor fue el primero en decir lo que pensaban todos.

—Esto es raro.

La ventana destacaba sobre todas las demás porque no estaba protegida por una reja de hierro. De forma instintiva todos comprobaron que era la única y no habían pasado por alto ninguna otra. Samir se adelantó para escrutar la única cara de la casa que les faltaba por inspeccionar y regresó

al cabo de un instante negando con la cabeza.

—¿Creéis que se podrá abrir?

—Creo que si la empujamos se abrirá sin ningún problema —dijo Alicia.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Víctor.

—Porque la Casa del Maquinista nos está invitando a entrar.

Y los tres se quedaron callados, sin apartar los ojos de aquella estrecha ventana. Inmóviles, quizás a la espera de que esta fuera a abrirse de repente mostrando alguna clase de monstruosidad.

Pero no lo hizo. Y al cabo de unos segundos fue Samir quién se adelantó para empujarla con ambas manos. La ventana fingió mantenerse en el sitio para terminar cediendo con un crujido, doblándose hacia el interior.

Los otros dos se aproximaron. La vaga luz del ocaso les permitió vislumbrar los muros lechosos de una habitación diáfana, desnuda de mobiliario; el suelo, baldosas de cerámica con dibujos geométricos, se veía deslucido y polvoriento; y, en la pared más alejada, un marco sin puerta prometía acceso a las entrañas de la bestia.

Alicia se quitó la mochila para sacar tres linternas y repartirlas entre el grupo. Sin esperar una contestación se deslizó mientras decía:

—Las chicas primero.

Samir la imitó. Víctor, en cambio, se detuvo frente a la ventana.

—Toma —dijo, devolviéndole la linterna a Alicia—. No puedo. Lo siento, pero no puedo pasar.

—¿Por qué? —preguntó Alicia.

—Creía que en esta excursión íbamos a dar una vuelta por los alrededores, nos echaríamos unas risas sobre lo terrible que parece la casa, pero nada más. No pensaba que fuéramos a entrar. Estoy... estoy cagado, ¿vale? —concluyó, ruborizado hasta las orejas.

—¡Venga tío! No podemos hacer esto sin ti. Los tres juntos podemos patearle el culo a cualquier fantasma. Venga...

—Lo siento, de verdad que lo siento.

—Puedes quedarte aquí. Vigilando. Así te aseguras de que no nos pase nada —sugirió Alicia.

El rostro del muchacho se iluminó ante la alternativa, pero no le duró mucho. Al momento se convirtió en un rictus de terror cuando descubrió al vagabundo de la estación del ferrocarril que cargaba —corriendo como un loco, zarandeando los brazos entre gritos ininteligibles— directo contra él.

Ellos no lo sabían entonces, ni llegarían a saberlo jamás, pero aquel vagabundo era Héctor Zuriaga, el último inquilino de La Casa del Maquinista.

En mitad del pánico los pies de Víctor resbalaron sobre la tierra agrietada y a duras penas logró agarrarse al marco durante la caída.

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme! —exclamó.

Samir y Alicia no entendían que estaba pasando, pero socorrieron a Víctor, estirando cada uno de un brazo.

Desde aquella posición no iban a poder hacerlo pasar; la mayor parte de su cuerpo estaba casi a ras de suelo.

Mientras los gritos del vagabundo se acercaban como una locomotora rugiente, el muchacho logró clavar los pies y se impulsó hacia la ventana. Sus amigos siguieron estirando, en esta ocasión hacia arriba. En el momento en que lograron pasar el tronco de Víctor, éste se precipitó sobre ellos derribándolos contra el suelo; levantando una nube polvorienta.

El vagabundo se asomó por la ventana e intentó cruzarla. Tuvieron su cara a menos de un metro de distancia. Un rostro consumido por años de dormir en la calle, en fábricas abandonadas, parques... escondites húmedos y fríos. La barba gris, raleando en numerosos lugares, le proporcionaba un aspecto animal; primario. Los ojos —al igual que la nariz— estaban surcados por venillas rojas que acentuaban su locura. El hombre se retorció grotesco, hinchado, tratando de atravesar la ventana.

—¿Dónde están mis niñas? —gritó el vagabundo; no a ellos, sino a la casa, furioso, exigente, arrojando espumarajos de saliva: —¡Son mías! ¡Devuélvemelas!

Ninguno de los tres jóvenes entendió lo sucedido a continuación. La casa gimió, crujió y soltó un alarido que sonaba a un sinfín de ramas quebrándose. El hombre se detuvo y empezó a retroceder; la locura había desaparecido de sus ojos para ser sustituida por el terror.

El marco comenzó a menguar como si se tratara de un ser vivo, una especie de serpiente de madera, que intentara enroscarse alrededor del vagabundo. La ventana salió despedida hacia un lado desde su bisagra. El muro blanquecino se estiraba, cediendo ante los giros de la madera.

El hombre respondió zarandeándose con mayor brusquedad, sacando el cuerpo a empujones; la ventana se cerró presurosa en torno a su cuello y un brazo que todavía quedaban dentro. Los crujidos resonaban estruendosos en aquel cuarto vacío, ahora con leves interrupciones creando el efecto de una carcajada. En el último momento el vagabundo logró sacar la cabeza y el brazo en un estirón que, por cuestión de milímetros, no le costó la mano.

La luz exterior desapareció por completo.

Todavía en el suelo, Alicia encendió la linterna. El grupo descubrió que las cuatro bandas de madera que habían delimitado la ventana formaban ahora un apretado nudo que no dejaba ni el más mínimo resquicio en su centro. La ventana —que ya no era tal— comprimida sobre sí misma.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Samir que, al igual que Alicia, también había encendido su linterna.

—La casa quería matarlo —dijo Víctor.

—No. La casa nos ha salvado —replicó Alicia.

—Yo creo que la casa no quiere dejarnos marchar —concluyó Samir.

Y los tres tenían razón.

Los pálidos haces de las linternas recorrieron la habitación en amplios arcos, pero no descubrieron nada nuevo descontando la única puerta sin puerta que habían vislumbrado desde el exterior.

—Tenemos que buscar otra forma de salir —dijo Alicia—. No podemos quedarnos aquí parados.

—¿Y a dónde podemos ir? Ya hemos visto que no existe ninguna salida. ¡Todas las ventanas tienen barrotes y la puerta está tapada con ladrillos! —respondió Víctor; la ansiedad casi sin dejarle terminar la frase.

—Podríamos esperar a que alguien venga a por nosotros —sugirió Samir.

—¿Le habéis dicho a alguien que íbamos a la Casa del Maquinista? —dijo Alicia.

Negaron con la cabeza.

—Entonces pueden pasar horas, tal vez incluso días, hasta que a alguien se le ocurra buscarnos aquí. Tenemos que buscar una salida por nuestra cuenta.

Samir alumbró con su linterna el techo de la estancia e hinchó el pecho.

—¡Eh, tú! ¡Casa del Maquinista! Más te vale no intentar nada contra nosotros o te patearemos el culo hasta que no seas nada más que una ruina.

Si la casa se sintió amenazada por las palabras del muchacho no dio signo alguno de ello.

Alicia se esforzó por mantener una sonrisa confiada cuando dijo: —Vamos.

Salieron al corredor dando pequeños pasos; formando una barrera humana que permanecía unida desde los hombros. Víctor a la izquierda y Samir a la derecha, enlazaron su respectivo brazo alrededor del de Alicia. Se movían temerosos, con cuidado de no separarse lo más mínimo.

Las linternas recorrieron el suelo embaldosado y las paredes desnudas. El pasillo desembocaba en una vieja puerta en cuyo centro rectangular descansaba un cristal rugoso y denso que no dejaba adivinar que les aguardaba en la habitación contigua.

La manija de la puerta —cobriza y gruesa— giró con dificultad cuando Samir la asió. El muchacho tuvo que utilizar parte del peso de su cuerpo para lograr bajarla con una sola mano.

La puerta no chirrió dramáticamente al abrirse; tal y como cabría esperar de la puerta de una casa abandonada durante años. En su lugar, se deslizó con suavidad hasta quedar abierta por completo, como si hubiera sido empujada por una corriente de aire que en realidad no existía. Parecía susurrarles:

—Sois bienvenidos.

Aunque las piernas de todos ellos querían quedarse donde estaban, alguno de sus dueños inició la marcha y, de forma automática, el grupo entró en el salón. Un amplio salón repleto de figuras —altas y bajas— cubiertas por sábanas. Y puertas. Muchas puertas. Todas cerradas. Todas expectantes.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó Víctor, anclado en su posición.

—Creo que son muebles. Parecen muebles que hayan tapado para que no se estropeen —dijo

Alicia.

—Claro —añadió Samir—. Pero... ¿no debería haber aquí alguna ventana?

—A lo mejor más adelante —respondió Alicia insegura.

Así que cruzaron a la habitación más cercana. Ésta permanecía vacía con la única excepción de dos puertas más y un solitario triciclo arrinconado en una esquina. Llegaron a otra habitación. Y después a otra más. Siguieron recorriendo habitaciones y, en cada una de ellas, encontraban más y más juguetes.

En ocasiones tirados por el suelo como si un niño hubiese estado jugando con ellos para abandonarlos de repente; a veces descansando en estanterías, baúles o cajones. Los había para todos los gustos y tamaños. Antiguos y modernos. Desgastados por el uso y todavía por estrenar. Ejércitos de soldados de plástico, muñecas polvorientas de porcelana, espadas de gomaespuma, caballitos de madera, juegos de mesa que pasaban desde el clásico tablero de parchís hasta la edición del *Monopoly* sacada durante las navidades anteriores. Cruzaron más habitaciones sin detenerse para nada más que para alumbrar, durante un instante, el creciente volumen de juegos y juguetes.

Finalmente se detuvieron en un amplio salón (mayor incluso que el que habían descubierto en primer lugar) cuyas paredes estaban dominadas por estanterías donde anidaban, hacinadas, innumerables maquetas de casas. Se detuvieron tanto por la impresionante colección como por las dos ventanas que dejaban pasar la luz del exterior.

—Será mejor que apaguemos las linternas para ahorrar pilas —sugirió Alicia mientras apagaba la suya.

El grupo se soltó y todos ellos recorrieron el salón; libres por primera vez desde que hubieron iniciado su viaje a través de la Casa del Maquinista. Solo habían pasado unos minutos desde su encuentro con el vagabundo y, sin embargo, los tres tenían la impresión de llevar allí dentro mucho más tiempo.

Cuando Víctor se detuvo frente a una de las ventanas empezó a sacudir la cabeza.

—Esto no puede ser. Es imposible.

—¿Qué pasa ahora? —dijo Samir.

—Estamos en el piso de arriba.

Alicia se acercó corriendo tan solo para comprobar que Víctor estaba en lo cierto. Desde las ventanas diagonales —y más allá de los oscuros barrotes— se apreciaba el patio trasero de la casa, pero a una altura superior al de la planta baja. Los árboles saludando con su indiferente ramaje y, a lo lejos, un sol naranja radiante que amenazaba con hundirse bajo el horizonte.

—No hemos subido ninguna escalera —murmuró Alicia, sin dirigirse a nadie en particular.

—La verdad es que no sé de qué os sorprendéis. Está claro que esta casa no es normal —dijo Samir mientras recorría absorto las estanterías. Arrastraba los dedos por encima de las fachadas en miniatura. Su índice saltando de una a otra, acariciando los diferentes diseños; algunos de ellos familiares, otros, en cambio, exóticos edificios de países lejanos que pasaban desde las

rudimentarias cabañas de la polinesia hasta rascacielos o elegantes casas japonesas.

Cuando ya llevaba recorridas tres estanterías Samir se detuvo.

—Alicia. Aquí hay una casa muy parecida a la de tus abuelos.

Tanto Víctor como Alicia se acercaron. No se trataba de una simple réplica. Era exactamente la misma casa. Hasta el más mínimo detalle. Incluso se apreciaba el tono sutil, pero diferente, de la pintura; allí donde la humedad la había hecho saltar el invierno pasado.

Víctor estiró el brazo a un lateral de la casa donde sobresalía una diminuta manija.

—Parece que se puede abrir.

Alicia le agarró la mano.

—No quiero que la abras. ¿Entendido? No quiero ver lo que hay dentro —dijo Alicia en un tono que no admitía réplica.

El muchacho la contempló detenidamente y dio una leve cabezada. Lanzó un vistazo al resto de la estantería y dijo: —Mirad. Aquí también está la mía... y juraría que esa de ahí es la tuya, Samir.

Al abrir la maqueta de su propia casa, Víctor, desveló el interior hueco. Daba la impresión de ser una habitación, oscura, alta y estrecha, que contrastaba con la recogida y diminuta figura del niño que descansaba en su centro. No se advertía su rostro porque estaba escondido entre las piernas que permanecían envueltas por los minúsculos brazos.

Tanto Alicia como Samir miraban a su amigo. Incluso sin distinguirse el rostro el parecido del cuerpo, la postura, recordaba demasiado a Víctor.

Pasaron varios segundos antes de que el chico empezara a hablar en un tono abúlico y monocorde; un discurso ensayado, silencioso y privado, que nunca se había convertido en verbo.

—A veces se me olvidan las cosas. Una vez fue por no recoger la mesa. En otra ocasión dejé los juguetes tirados por el suelo. A veces traía notas del colegio en la agenda por no tener los deberes hechos... Intento no olvidarme de esas cosas, pero antes o después siempre se me pasa algo. Y, para que no vuelva a ocurrir, me castigan en el cuarto oscuro. Si ocurre entre semana, y hay clase, solo estoy unas horas. Pero si ocurre durante el fin de semana... Solo. Todo el tiempo solo en la oscuridad.

No dijeron nada porque, aunque eran jóvenes, entendían de una forma intuitiva que las palabras solo enturbiarían aquel momento. Tan solo ejecutaron pequeños movimientos, ajustados y sinceros, que dieron como resultado un abrazo donde el único sentido era el de pertenecerse los unos a los otros; más allá de cuál fuera su origen, se estrecharon en un lazo que trascendía la sangre, la carne o los recuerdos.

Al cabo de un tiempo los tres amigos abandonaron el cuarto. Descubrieron nuevas y fascinantes habitaciones. Librerías infinitas donde saciar la curiosidad. Amplios salones para explorar, correr, saltar o perseguirse. Tranquilos rincones donde jugar a todo aquello que les apeteciese. Se fueron olvidando de cómo había sido su vida antes de entrar en la Casa del Maquinista. Conocieron a otros niños y niñas de todas partes del mundo que también habían acabado en aquel

laberinto repleto de maravillas.

Incluso ahora, mientras lees estas palabras puedo escuchar sus risas; los pasos apresurados, desenfadados y felices, de todos aquellos jóvenes que recorren mis salones. Porque existe un lugar —un País de Nunca Jamás— dónde los niños perdidos no necesitan crecer, ni sufrir, ni llorar; un hogar siempre a su alcance, dónde escapar de las Casas Malditas.

El Impío

La vida no es un camino recto y aquel que pretende caminarlo como si lo fuera es un necio. El verdadero camino, tal y como se nos ha enseñado, está lleno de giros, quiebros y trampas; ha sido diseñado para separar la paja del trigo...

De joven creía tener la certeza de la fe en mi corazón. Ahora que los años me han doblado la espalda y rendido mis fuerzas estoy convencido de que no se trataba realmente de fe, sino de anhelo. El deseo infantil de que el mundo, ese paraje retorcido por el sufrimiento, encajara en un plan trascendental que justificara todos los desvaríos y crueldades que sembraba el ser humano. Y aunque con el tiempo descubrí que en verdad había un plan diseñado, distaba mucho de ser el que había imaginado en un comienzo.

Cuando tuve edad suficiente me formé como sacerdote, pronuncié unas palabras que ya no recuerdo, y me disfracé con un hábito oscuro para convertirme en párroco de Serrada, mi pueblo natal.

Durante años viví anestesiado, curado en la rutina y el rito de la iglesia.

Me gustaba que los feligreses se aproximasen a mi en busca de consuelo. Yo los escuchaba y los premiaba con una de las muchas citas eclesiológicas que se podían encontrar en el libro sagrado. Parecía un joven tan sabio... Tenía respuestas para todas las vicisitudes de la vida y eso era gracias a que muchas de las respuestas no eran respuestas en absoluto. La mayoría venían a decir lo mismo: no pienses tanto y ten fe en Dios. Y ahí está el problema, ¿verdad? Porque, aunque queramos, no podemos dejar de pensar.

También escuchaba las confesiones, los pecadillos de la comunidad, con sana diversión y cierta indulgencia. Aunque mi parte favorita era el ritual de la eucaristía y la lectura de los pasajes de la Biblia. Allí de pie, en el púlpito, embadurnado por el olor a mirra e incienso, mi público observando con discreción y sobriedad, escuchando atentamente cada una de mis palabras en busca de un pellizco de paz para sus almas... En más de una ocasión cometí blasfemia, no de acto, ni por el verbo, sino del espíritu; ya que fantaseaba con la adoración de las masas.

En aquellos momentos me regodeaba como si fuera el centro mismo del universo; el mundo a mis pies; y me encantaba esa sublime sensación de poder. ¿Acaso Dios no disfrutaba a sabiendas de los millones de almas que lo reverenciaban? ¿Se nos puede culpar a los humanos por querer lo mismo cuando estamos hechos a su imagen y semejanza?

Por supuesto, también me encargaba de los bautizos...

Sí, sí... Ya me acerco al verdadero meollo de la historia, no la mía (jamás me perteneció), sino la de Él.

Te ruego que disculpes a este viejo sacerdote. Con la edad me he convertido en un perro viejo que da vueltas al mismo hueso, indeciso a la hora del dar el primer mordisco.

Como sabes su nombre era Laura, Laura Ocaña, y apenas conservo algún recuerdo de la primera vez que la vi; en mi apatía no prestaba atención alguna a los infantes excepto en el momento de que pasaran por la pila bautismal.

Transcurrieron años, siete u ocho por lo menos, antes de que la providencia volviera a cruzar

nuestros caminos, más allá de la periódica reunión en los domingos, donde su presencia pasaba inadvertida; una más en el dócil rebaño.

Recuerdo que cuando la madre de Laura acudió a mí en busca de ayuda y consuelo el curso escolar ya había concluido. Los días se tornaron largos y tórridos, hirientes en su luz y sequedad.

Vivía junto a su marido y su hija en una casa rodeada de campos silvestres, a las afueras del pueblo. La mujer estaba muy preocupada, casi al borde de un ataque de nervios. Empezó contándome una historia enrevesada sobre cómo las cosas habían cambiado a peor durante los últimos meses. Apenas entendí que era lo que me quería decir porque ella misma evitaba la cuestión en una mezcla de vergüenza y aprensión.

En algún momento añadió que en el día de antes había encontrado a su gato empalado en un árbol cerca del cobertizo de herramientas. Atravesado por la broca de un taladro.

Le dije que era completamente normal que estuviera alterada y que dicha gamberrada habría sido perpetrada por algún chico de la zona. Todos los años se encontraban perros vagabundos a los que habían ahorcado u otros animales de compañía liquidados de forma anónima; no era algo tan extraño en los entornos rurales.

Fue entonces que me dijo, compungida, como si las palabras le quemaran al salir de la boca, que estaba convencida de que había sido su hija, su pequeña Laura. Estalló en lágrimas y, cuando se recompuso, me explicó que el cobertizo estaba cerrado con llave y que la cerradura no había sido forzada.

Quise tranquilizarla (la idea de que una niña de apenas nueve años pudiera cometer semejante acto me resultaba hilarante), quise quitarle hierro al asunto, convencerla de que había otras posibilidades, pero no me dejó seguir hablando. “Padre, ha cambiado, creo, creo... que está poseída por el demonio”, dijo, mientras sus manos apretaban las mías con desesperación, clavando las uñas como garras.

Tras aquello intenté convencerla de que era realmente improbable que se diera un caso de posesión, de que, si había sufrido cambios dramáticos durante los últimos meses, la mejor opción era acudir a un psicólogo, pero ella aseguraba que su hija no estaba loca, sencillamente, no era la misma niña, se trataba de alguien más: otra persona.

Su actitud me molestó bastante. Estaba acostumbrado a que la gente aceptara mis consejos sin rechistar, ni plantear problemas, pero, en vista de que aquella señora no estaba dispuesta a ceder, acepté entrevistar a la pequeña por si descubría algún signo de posesión demoníaca. No es que pensara que existiera alguna posibilidad, acepté tan solo para cumplir con mi rol de párroco que velaba por el bienestar espiritual de la comunidad. De antemano, pasara lo que pasara, pensaba recomendarle al concluir la entrevista que enviara a su hija a una psicóloga.

Aquella misma tarde me acerqué a casa de los Ocaña con semblante beatífico; sereno de cruces para fuera, irascible y atribulado por las prisas de cruces para dentro.

La puerta de acceso al terreno estaba abierta y el matrimonio salió a recibirme en el porche adosado a la entrada, ambos vestidos con la ropa formal que solían llevar los domingos. Esa señal de respeto atenuó un poco el mal humor que bullía en mi interior.

Me invitaron a entrar, como era lógico, y me ofrecieron un refrigerio que acepté encantado. La casa no era nada excepcional, muy limpia eso sí. Me imaginaba que en previsión a mi llegada la señora Ocaña se había asegurado de que estuviera impecable. Enseguida me informaron de que la pequeña Laura estaba jugando en el patio trasero. El padre, parco en palabras, sugirió que podía aprovechar que la niña estaba fuera para revisar su dormitorio en busca de “señales”. Hizo una pausa angustiada antes de la última palabra y tuve que esforzarme para no reírme de aquellos infelices.

Suponía una demora en un procedimiento que deseaba terminar cuanto antes, pero no se me ocurrió una evasiva a tiempo, así que tal solo asentí con la sonrisa amable y ecuaníme que reservaba para mis fieles.

Me indicaron que la habitación de Laura se hallaba en el piso superior; no tenía pérdida, la única puerta con un dibujo de flores. Les informé de que debía investigar a solas, sin su interferencia, tanto al comprobar el dormitorio de la pequeña, como durante la entrevista. Lo último que deseaba era la presencia inquisidora y constante de aquellos padres paranoicos.

Intercambiaron miradas incómodas y finalmente no les quedó más que respetar mi condición.

Satisfecho, subí las escaleras y atravesé el umbral del dormitorio. Sin duda, su animal favorito era el unicornio, como así lo testimoniaba una pared donde diez dibujos de equinos cornudos quedaban sujetos con chinchetas, perfectamente alineados y separados entre sí como si fueran genuinas obras de arte.

La cama cubierta por una colcha rosada de tema floral. Sobre el pequeño escritorio un flexo púrpura del que colgaban mariposas de papel. Delante de la ventana un cazador de sueños azulado giraba tímido sobre sí mismo. Una docena de libros, ordenados por tamaño, en la estantería. El resto del cuarto estaba muy ordenado, pulcro; todo muy normal.

Me relajé sobre la cama con la intención de dejar que el tiempo transcurriera indolente, lo suficiente como para que los padres consideraran que había cumplido con mi deber.

Desde esa posición llamó mi atención un hecho inusual. Un par de agujeros solitarios en la pared donde se encontraban los dibujos de los unicornios. Al acercarme un poco más comprendí que eran agujeros de chinchetas que deberían estar sujetando otros dos dibujos. Ese espacio vacío era una nota disonante en la melodía ordenada que componía el dormitorio.

Intenté obviarlo sin éxito. De repente, quería, no, no, *necesitaba* saber que había pintado en esos dibujos. Metí la mano bajo la almohada, levanté el colchón con cuidado, revisé la mesa del dormitorio; todo en vano. Quizás los dibujos, sencillamente, habían acabado en el cubo de la basura. Era un planteamiento lógico y, aun así, intuía que me aguardaban en algún lugar del dormitorio, pacientes, esperando a ser descubiertos.

Me acerqué a la estantería y deslicé la mirada por la parte superior de los libros. Allí encontré mi premio, dos folios doblados, escondidos entre las hojas de una biblia raída.

Contemplé el primero de ellos y tuve un súbito deseo de llorar. Jamás, en todos mis años, había contemplado una escena tan hermosa. Solo una mano más elegante que la de los ángeles podría haber dibujado semejante paisaje. Incluso ahora me emociono al recordarlo.

En ese vulgar trozo de papel se representaba el Paraíso Perdido, la cuna de la humanidad, en un esplendor salvaje y conmovedor. Intenté captar cada sutil detalle, cada sombra, cada personaje, cada gesto contenido en el tiempo, pero era como intentar ver en todas direcciones a la vez: imposible.

Podría pasarme los próximos años describiéndolo y ninguna de mis palabras podría acercarte a comprender la belleza oscura que desprendía.

Con dificultad logré guardar el dibujo. Me sequé las lágrimas y contemplé el segundo. En el solo había un abismo tan logrado en su profundidad y sus formas que tuve la sensación de que las tenebrosas paredes se movían en círculo y yo caía en su interior, me perdía en él, para siempre...

Alguien golpeó la puerta del dormitorio tres veces. Era el padre. Aquel simplón me preguntó si todo iba bien y le respondí que enseguida terminaba. Guardé los dibujos con mucho cuidado, como si sostuviera un pedazo de la Sabana Santa o un fragmento de la cruz de Cristo.

Un rubor me cubrió las mejillas cuando salí del cuarto y los padres me interrogaron acerca de mis hallazgos. Les informé de que allí arriba todo estaba correcto, nada de lo que preocuparse y, mientras les mentía, una expectación que no había sentido en años empezó a hincharse en mi pecho.

Salí por la puerta trasera de la casa y la pequeña Laura me regaló una sonrisa radiante, sentada en una manta donde celebraba una merienda campestre junto a varios muñecos de peluche. Llevaba un vestido blanco crudo y unos zapatos negros y relucientes. El pelo carmesí quedaba sujeto en una coleta. Según le daban los rayos del sol este brillaba como brasas arrulladas por la brisa.

Llegó con un ramo de girasoles en las manos. Eran de papel, tan bien recortadas y plegadas que parecían de verdad.

“Son para usted, Padre. Sé que le gustan los regalos”, me dijo con una risita encantadora. Entonces me cogió de la mano y me condujo hasta la manta donde había dispuesto un juego de té y bollería en unos cuantos platos. Me pidió que me sentara.

“Entonces, ¿ha venido a jugar con nosotros?”, preguntó sin mirarme, mientras figuraba servir una bebida en una tacita.

Le respondí que así era y ella me acercó la tacita para que bebiera. Fingí hacerlo y pretendí que se trataba de algo refrescante.

“Dime, Laura, ¿va todo bien? ¿Cómo es que estás jugando sola? ¿No tienes amigos?”, dije, sintiéndome de súbito torpe y perdido.

“Tengo muchos amigos, Padre, y ahora no estoy jugando sola, estoy jugando con usted”, me respondió sonriente al tiempo que sostenía mi mirada con picardía, como si me estuviera gastando una broma que yo no entendía.

“Tus padres están muy preocupados. Tengo entendido que tu gato ha muerto hace poco, debes estar muy dolida”, continué diciendo.

“Supongo que sí”, empezó a decir, frunciendo el entrecejo, “el señor Bigotes estuvo muchos años conmigo y me gustaba que se acurrucara en mi regazo, pero últimamente se estaba portando

de una forma muy rara. Siempre bufando e intentando arañarme. Es por ese motivo por el que lo empalé. ¿Le gustaría una madalena?”

La tranquilidad con la que confesó me dejó estupefacto. Balbuceé algunas palabras sin sentido, algo referente a que aquello no estaba bien, que no podía matar animales, mucho menos con tanta crueldad.

“No sea hipócrita, Padre, todos cometemos travesuras. ¿Recuerda a aquel matón del colegio que lo llamaba beato meapilas y le daba bofetadas? ¿Acaso ha olvidado cómo usted metió a su perrito en un saco y lo arrojó al río? ¿Lo bien que se sintió con aquella venganza? Ya sabe lo que se dice: son solo cosas de críos.”

No sé lo que pensé. Jamás, desde mi infancia, me había sentido tan desvalido, desnudo e indefenso. Mi coraza de solemnidad, todo el poder que me confería el hábito de sacerdote había quedado reducida a la nada. Era menos que un hombre, menos que un niño, e hice lo que cualquier persona cuerda hubiera hecho en mi situación. Me levanté y salí de allí a toda prisa.

“Puede llevarse los dibujos si quiere. Los hice para usted”, dijo Laura cuando apenas había dado tres pasos.

“¿Qué dibujos?”, respondí histérico y ella se rio de nuevo.

“Los que ha cogido en mi dormitorio y ahora tiene doblados en el bolsillo del pantalón. Ah, Padre, casi lo olvido, este domingo será el bautizo”, declaró con cierta indiferencia.

Tan solo quería escapar de allí cuanto antes y, cortante, respondí que no iba a bautizar a nadie durante el próximo fin de semana.

“¡No, tonto! Usted me bautizó a mi y este domingo yo lo bautizaré a usted”, replicó sacudiendo la mano a modo de despedida. Y entonces se comió un donut de chocolate.

Salí de allí sin despedirme del matrimonio Ocaña, empapado por un sudor frío y pegajoso que me envolvió como un sudario y del que no logré librarme hasta darme un baño en mi modesta casa, contigua a la iglesia. Aquella noche me emborraché con el vino de la sacristía y también a la mañana siguiente y por la tarde, escondido tras una nube purpura de alcohol y pesadillas. Puse un cartel explicando que me hallaba indispuerto y dejé que los días transcurrieran sin formar parte de ellos.

No quería recordar nada de lo sucedido porque de hacerlo mi mundo sería sacudido hasta convertirse en escombros, pero por fin llegó el sábado. Todo transcurría con normalidad y poco a poco mi mente dejó de estar tan embotada. Empecé a pensar que, tal vez, lo sucedido en casa de los Ocaña había sido producto de mi imaginación. Aquel pensamiento errático resultaba reconfortante y me aferré a él tanto como pude.

El domingo abrí la iglesia, tal y como había hecho siempre. No salí de inmediato para dar mi sermón. Me quedé atrapado en un limbo de desasosiego al descubrir, entre la ropa, los dibujos de Laura. Mis manos temblaban, yo mismo me sacudía como una hoja azotada por la tormenta, hasta que finalmente encontré el valor necesario como para sacar mi castigado cuerpo frente al púlpito.

Enseguida noté que algo había cambiado. La iglesia estaba llena pero cuando los parroquianos giraron sus cabezas al unísono para clavar su mirada en mí descubrí que no había nadie detrás de

aquellos ojos. Algo todavía más inquietante, algo que despertaba en mí la urgente necesidad de escapar de allí, me alcanzó con su olor dulzón y penetrante, ofuscando el del incienso o la cera de las velas.

Tardé varios segundos en comprender que se trataba del olor de la gasolina.

Se elevaba y anegaba cada rincón de la pequeña basílica. Mis feligreses vestían elegantes ropas caladas en combustible. Las bancadas, los altares y el confesionario también habían sido regados. El suelo de la nave central y los pasillos estaban cubiertos por el aciago fluido.

Laura surgió casi etérea de la última bancada y se colocó al comienzo de la nave. Iba vestida tal y como la recordaba de mi visita. Sin dejar de mirarme, de una pequeña caja que sostenía entre las manos, extrajo una cerilla. El silencio era tal que incluso pude escuchar la combustión del fósforo.

Cuando éste tocó el suelo una ola de llamas avanzó en mi dirección, cubriéndolo todo en un rugido pavoroso.

Nadie se movía, todos me observaban con su ropa consumiéndose en arrugados retazos negros, mientras la piel se tornaba oscura y crujía y desprendía un horrible olor.

Ví como Laura agitaba los brazos, indicándome que me acercara a ella y la verdad me llegó de pronto.

Aquel sería mi bautizo, como se me había prometido, y mis feligreses los testigos.

Bajé del púlpito, los ojos llorosos por el humo y el terror, sintiendo el calor que prometía arrancarme la carne de los huesos y di un paso; el primero y más importante de mi existencia. Después otro, y descubrí que ardía, me quemaba por dentro. Mis dudas, mis miedos y flaquezas, todas mis debilidades estaban siendo purificadas y cuando llegué a ella, a Él, besé sus pies, agradecido, suplicante. Por primera vez en mi vida supe que existía un destino, y, por primera vez en mi vida, sentí la fe ardiendo en mi corazón.

El laberinto de Ockham

¿Qué es lo que quiere de mí? ¿De qué quiere que le hable? ¿Me ha tomado por tonta? ¿Cree que no he visto cómo se las gastan por la tele? Cualquier cosa que diga la van a volver en mi contra. Pues está muy equivocado. No diré nada hasta que venga mi abogado.

Deje de mirarme así. ¿Es que no va a hacer otra cosa que no sea quedarse ahí parado? Ah, ya entiendo. ¿Quiere ponerme nerviosa? Ya le he calado. ¿Qué pasa? ¿No es usted el poli malo? ¿No va a venir un compañero suyo, con cara de bueno, y me va a ofrecer un vaso de agua? ¿Un donut? Cabrones...

Ah, ya era hora, creía que me iba a tener aburrida aquí todo el día. Pues mire usted. ¡No! No sé de quién me está hablando. ¡Así que suéltense de una vez!

¿Dónde está mi abogado? Le pregunto que dónde está mi abogado.

No, a ellos no. No quiero que les llame, por favor.

Es cierto que la conocí. Salimos juntas de aquel local. Pero no sé dónde está.

¿Si le cuento lo que sé podré irme a casa? Vale.

No fue nada impresionante. Nos conocimos en un pub. No ponga esa cara. No era la clase de pub en que está pensando. Era un local de lo más típico. De música pop. Me daba corte ir a un local más... más para mis gustos. Lo sé, es una tontería. ¿Qué cómo me dejaron? Pues soy bastante alta para mi edad y supongo que al portero le parecí guapa. Debí de pensar en mí como en un... ¿Cómo se dice? ¿Eso que utilizan con los patos? Reclamo, eso es. Un reclamo para tíos. Tiene gracia, ¿no le parece?

El caso es que mientras estaba en la barra, ella se me acercó. Recuerdo que era muy guapa. Debía de tener un par de años más que yo. Me invitó a una cerveza. Estuvimos hablando. Fue divertido, tenía esa clase de risa contagiosa. Me dijo de salir a la calle a tomar el aire y le contesté que sí.

Eso no es asunto suyo. Estuvimos un rato juntas. Le di mi número de teléfono y me dijo que me llamaría. Eso es todo.

¿Qué está insinuando?

Dos batas blancas se alzan frente a la pequeña ventana, instalada en una aséptica puerta. Escrutan a la habitante del cuarto acolchado. Finalmente, la bata de la derecha se gira hacia su compañera. Unas gafas, densas como la base de una botella de vino, clavan su atención en un rostro tan ausente de vestuario que parece un maniquí.

—Su comportamiento es persistente. Todavía no hemos descubierto el patrón que la lleva a actuar así. Los episodios pueden durar desde unas horas hasta varios días. Es un caso realmente curioso —comenta la boca que descansa bajo las gafas—. La mayoría de nuestros pacientes crean una historia, un agarre, una especie de flotador, para no tener que hacer frente a la realidad. Ella inventa, cada cierto tiempo, una historia diferente.

—¿Cómo es eso posible? Lo que quiero decir... es que parece ser una persona totalmente distinta a la que vimos ayer —inquiérese el imberbe rostro.

Un anillo, dorado, sucio, se frota contra la barba rojiza, que crece varios centímetros por debajo de las gafas.

—Estamos sopesando la posibilidad de que su subconsciente trabaje durante la fase REM, alterando su percepción de la realidad al despertar. Si conseguimos demostrar que esta teoría es cierta podremos abrir una nueva línea de investigación.

—Sabe que estoy a su completa disposición, me encantaría poder participar en el proyecto. En cualquier caso, ¿con quién habla?

—Con su confesor. No me refiero a un sacerdote. Parece ser una persona con cierta autoridad. Es una constante en sus alucinaciones —las gafas vuelven a fijarse en la habitación—, es la forma que tiene de descargar la culpabilidad que siente. Cada vez que el episodio vuelve a empezar, discute, se enfada, a veces grita y, en ocasiones, confiesa una serie de crímenes que evidentemente no ha cometido.

—Resulta increíble.

Se escucha un brusco resonar metálico. Ambas batas se giran para contemplar el corredor que se bifurca hacia la izquierda. El sonido se apaga con timidez, como si tratara de disimular su propia torpeza, dejando paso a un silencio que se apodera del lugar.

—¿Qué ha sido ese ruido?

—Seguro que no es nada. ¿Profesor? Como le decía es muy inusual. ¿Qué fármacos está recibiendo?

Pasan los segundos y las gafas vuelven hacia el rostro anodino.

—La habitual en estos casos. Le estamos dando Risperdal. Apenas ha mostrado alguna mejoría. Nada significativo. Por eso vamos a empezar con la clozapina. Sin duda alguna...

Pasos rápidos. Una bata azulada surge desde la esquina del corredor. Carga contra las batas blancas. Un grito pide ayuda. Un cilindro negro se alza en el aire.

Rojo.

La mujer estira el brazo izquierdo hacia el espacio vacío que queda junto a ella. Es un movimiento instintivo, no sabe qué está buscando, pero se detiene al no encontrar ningún obstáculo.

Enseguida se da cuenta de quién es y porqué se encuentra tan agotada. El turno de la noche anterior ha sido particularmente pesado. A parte de los tres pacientes que llevaba, tuvo un ingreso a las dos y media de la madrugada; un chaval con más alcohol en las venas que sentido común en la cabeza.

Mientras se incorpora, trata de recordar lo que había soñado. Una película. Así son sus sueños. Se da cuenta de que forma parte de ellos, pero tan sólo como una observadora. Como la cámara de

un director de cine, con la única diferencia de que no puede manejarla.

Como si no fuera suficiente trabajar en un hospital, resulta que también sueña con doctores.

Encuentra frustrante no ser capaz de ver los rostros de los personajes. Hace un esfuerzo por visualizarlos. Meros borrones. Sombras. Familiares y, al mismo tiempo, completos desconocidos.

Lanza una mirada a los brillantes números rojos que flotan sobre la mesita de noche. La una y media del mediodía. ¡Por Dios! Tan solo lleva dormida cuatro horas.

Hasta el instante en que su móvil empieza a sonar con *Don't let me down*, de los Beatles, está convencida de que el día no podía ir a peor.

Dos horas y treinta dos minutos más tarde, con un sándwich de jamón y queso a medio digerir, la mujer atraviesa las mismas puertas que había cruzado esa mañana para volver a casa.

—Te has tomado tu tiempo —le reprocha la supervisora, con un suave tono acusador.

—Ya te he avisado que llegaría tarde. Tendrías que estar agradecida de que hubiera venido. Trabajé anoche. Me debes una gorda.

—No ha podido venir nadie del *pool*, hoy somos una menos y Francisco está de baja. Así que nadie te debe nada.

—¿Qué le ha pasado a Francisco? —es la segunda vez en ese mes que las deja colgadas.

—Una conjuntivitis alérgica.

—Una “cuentitis” alérgica —dice para sí la enfermera, en cuanto la supervisora se aleja unos pasos.

Comprueba los pacientes que le tocan y se acerca para ver el último ingreso.

Inconsciente. Con una fuerte contusión en el cráneo. El vendaje le cubre buena parte de la cabeza. El informe indicaba un posible daño cerebral. Al aproximarse un poco más puede ver un resto de sangre seca, encostrado en la ceja derecha. Da la impresión de estar levantándola, lo que le proporciona un aire escéptico y al mismo tiempo cómico.

Mira hacia los lados, y tras comprobar que nadie la ve, sostiene la mano del paciente para comenzar a recitar una oración que había aprendido durante las prácticas de la carrera, cuando había descubierto qué, en ocasiones, la medicina solo podía dejar que las cosas siguieran su curso.

Esas eran las ocasiones en que rezaba. A Jesús. A la Virgen. A los ángeles. A veces, sus rezos eran respondidos. El resto de las veces se consolaba pensando que había hecho todo lo que podía.

Los ojos del paciente se abren.

La enfermera interrumpe la oración. Fija la mirada en la mano del hombre, que ahora, agarra su muñeca con fuerza, como quién se aferra a un bote salvavidas en medio de una tormenta. En tan solo una fracción de segundo repara en el brillo apagado del anillo que rodea el dedo del paciente.

El hombre dice unas palabras.

Treinta y nueve segundos más tarde la enfermera sale corriendo en busca de un teléfono.

Estoy despierta. Lo sé porque puedo sentir como tiemblo. Me comprimo. Aprieto el cuerpo contra la fría pared desnuda. La oscuridad me rodea. Cubre cada espacio, invadiéndolo todo. Es pegajosa, se desliza por mi espalda, por mis pechos, por mis piernas. Cada respiración es densa, sofocante. Las sombras se deslizan por mis fosas nasales hasta llegar a mis pulmones. Me arrancan el calor. Dentro de poco seré como ellas. Me desvaneceré como un recuerdo pasajero en aquellos que me conocieron. No deseo desaparecer. Trato de gritar.

Me sacudo de impotencia. No puedo. Algo aprieta la cavidad de mi boca. Mi lengua se desliza tratando de apartar el objeto. No se mueve. Siento la presión de unas cintas alrededor de la cara. ¿Cuánto tiempo llevo atrapada?

Entonces la recuerdo.

La pesadilla pasa a cámara rápida y soy incapaz de parar la proyección.

Discuto con Daniela. Rabia. Impotencia frente a su traición. Me marchó con un portazo.

Veó el pub. Estoy sentada en la barra. Dos chicos se me acercan. Me invitan. Les doy calabazas.

Ella. Está a mi lado. No. No. No pienses en ella, no quiero verla... Pero la película continúa.

Sonríe. Solo puedo ver su sonrisa. Y sus ojos. Negros. Un abismo en el que me sumerjo. Nado en ellos. Me ahogo.

...

Un pequeño haz de luz se filtra por la trampilla del techo, al otro lado de la estancia. Por favor. Qué no sea ella.

Trato de hablar, pero solo emito unos gruñidos sin sentido. Las lágrimas secas no me permiten abrir del todo los ojos. Un millar de alfileres se clavan sobre mis retinas cuando surge el resplandor.

Ocurre como las otras veces. Me observa. No me toca. No habla. No hace nada. Proyecta la luz sobre mi. Mira.

Pasa el tiempo y se marcha.

Pienso en Daniela y en lo mucho que deseo volver a verla, volver a sentir sus labios besándome el cuello. Fundirnos como una sola.

Lloro.

...

Grito en silencio. Al principio es un grito desesperado, inútil, vacío. Pero, poco a poco, el sonido retumba en las cavidades de mi cráneo. El eco martillea en mi interior, que se hace más espacioso. Una oscuridad, un vacío, expandiéndose en todas direcciones.

Ya no soy solo yo. Soy mi cuerpo, pero también soy la prisión que encierra mi cuerpo. Soy la asfixiante ausencia de luz y también soy los rayos del sol que calientan la tierra. Ahora soy infinidad de personas; siento, amo, sufro, temo, y sueño, por cada una de ellas.

Pido ayuda. Una y mil veces. Suplico su ayuda. Veo a una chica. Atrapada como yo. Por favor. No dejes que me olviden. No dejes que muera aquí. Háblales de lo que me hizo.

La chica se disuelve entre paredes de encaje blanco.

El tiempo cae lentamente y se acumula como hojas de otoño sobre una fosa recién cavada. Mi fosa.

Nadie puede escucharme. Nadie puede salvarme.

Pero no me rindo, sigo buscando.

¿Quién es él? Un hombre, no, un doctor, tumbado en una camilla; su barba tiene el color del atardecer. Lo observo con curiosidad, tiene la cabeza cubierta de vendajes. Me mira directamente a los ojos. Puede verme.

Le digo mi nombre. El me escucha, me entiende. Es el único que me entiende. Por favor. Diles dónde estoy. No dejes que vuelva otra vez a por mí.

...

Vuelvo a despertar. Ha sido un sueño. Una alucinación. Solo eso. Noto que mi garganta arde. Pero el dolor de mi cuerpo no es nada comparado con el sentimiento de pérdida. No podré ver a mis padres. A Daniela. Quiero llorar, pero ya no me quedan lágrimas, solo la sensación de ser como una cáscara hueca.

No me quedan fuerzas. Percibo como me derrumbo. No importa. Ya nada importa. Lo siento. Lo he intentado.

...

¿Un rayo?

No.

Un chirrido.

El resplandor.

Por favor.

Por favor.

Qué no sea ella.

Doy un portazo a la puerta del coche. Demasiado fuerte. Pero que cojones, tengo un buen motivo para estar hasta las narices.

Ahí está, el refugio de la ley, aguantando, absorbiendo toda la mierda del mundo. A saber la cantidad de gentuza que habrá pasado por sus puertas. Las cruzo y me llega el olor. Un olor particular que se eleva por debajo de la lejía y los productos de limpieza. Como una capa de suciedad que se resiste a desaparecer.

Joder, hoy desvarío más de lo normal. Céntrate. No es más que una estructura de hormigón gris.

Al parecer alguien debió de pensar que ponerle una capa de pintura le quitaría personalidad. Hay que joderse, parece una puta prisión.

Y sí. Ha pasado toda clase de basura humana por aquí. Pero al fin y al cabo aquí estamos los buenos. Al menos la mayoría somos buena gente.

—¡Hey Ramón! Sube rápido. Hemos recibido una anónima sobre la chica desaparecida. Están a punto de salir.

—¡La hostia! ¿Pero vosotros sabéis lo que son los móviles? —es mi maldita investigación y ahora resulta que soy el último mono.

—Eh, tranquilo, que yo acabo de enterarme.

Me lanzo escaleras arriba.

...

No es lo normal. En la mayoría de los casos no ocurre. Pero a veces pasa. La gente solo cuida de sí misma. Prefieren no meterse en problemas. Pero a veces, solo a veces, alguien está en el lugar indicado, en el momento preciso. Y tiene los cojones de no callarse.

Quizás solo sea una pista falsa, pero es mejor eso que nada. Al parecer alguien ha visto a nuestra amiguita merodeando por una nave industrial abandonada.

Ya sabía yo que esa chavala no era trigo limpio. Todo cuento. Puedo oler a las de su clase a un kilómetro. Solo espero que no sea demasiado tarde.

El equipo se divide. Todo el lugar está desolado. Veo grandes paquetes rectangulares, casi tan altos como un hombre. Parecen ser de papel. El tiempo que han permanecido a la intemperie, al contrario de lo que podría parecer, no los ha destruido. Son grandes estatuas, testigos muertos de un pasado industrial no muy lejano. Estos lugares son como mirar una foto en blanco y negro. Deprimente.

Me concentro en encontrar huellas.

¡Ja!

No es tan espabilada como se creía. El polvo y la porquería han dejado grabados sus pasos en el interior de una galería. Algunos parecen recientes. Me fijo en la suela. Unas deportivas. Pie de chica.

Te tengo.

Las pisadas avanzan hasta un cuarto sin ventanas. La luz llega desde un ventanal, lleno de dientes acristalados, en la galería contigua.

Se detienen delante de una gruesa placa de metal.

Los surcos de óxido que hay al lado indican que ha sido movida en varias ocasiones.

Un tirón. Dos tirones. ¡Ya está! Aparto la placa.

Unas escaleras de madera me invitan a descender.

Agarro la linterna que cuelga de mi cinturón.

Me hundo en la oscuridad.

Agradecimientos

Para llegar a ésta, mi primera publicación en solitario, han hecho falta muchos años de practica, de poner a prueba lo aprendido, de leer con un ansia devoradora, pero no ha sido solo una cuestión de trabajo y persistencia, sino que también ha sido gracias a todas las personas que he ido conociendo y que me han apoyado, han compartido su opinión y han hecho que forme parte de sus vidas.

La primera de esas personas es mi esposa Julia. Ella es, siempre, mi primera lectora y sin su apoyo esta obra no solo sería de peor calidad, sino que, además, es probable que ni siquiera existiera.

La segunda de esas personas es Juan Ángel Laguna Edroso, el capitán del sello editorial Saco de Huesos. Haber participado en su antología periódica de terror (Calabazas en el trastero), un espacio que ha recogido a tantos escritores de renombre, es uno de los motivos que me han permitido evolucionar como escritor.

Quiero dar también un afectuoso saludo a todos los escritores y lectores de la comunidad de Wattpad con los que me he cruzado, unas personas generosas, con ganas de compartir y disfrutar de la literatura. Son muchísimos, pero en especial quiero dar las gracias a: JM Roy, Arassha, Kentia, Mimape, Bileysi Reyes, Paul Eric, Cristhoffer Garcia, V. Nocta, Jess Argarate, Claudette, NatsumiNiikura, K. Seleori, Abby Nieva, Nana Roze, Denise, Daniela Criado Navarro, Nina Küdell, Celene Ortiz, Alesstat... La lista es enorme y espero que siga creciendo con el tiempo.

Por último, agradecer a todas aquellas personas que han estado siguiendo mis publicaciones desde la página de Facebook, a todas aquellas que han dejado su opinión, que me han urgido a colgar otro capítulo o han dado a “me gusta”; gracias, porque sois la gasolina que me permite seguir avanzando en las horas bajas.

Dónde encontrarme

Puedes hallarme en “Casa de Tinieblas”, mi hogar virtual, donde voy colgando parte de mi trabajo. La dirección es:

www.vicentesilvestre.com

Si deseas estar al tanto de mis publicaciones tan solo tienes que suscribirte a la *newsletter* de “Casa de Tinieblas” o a través de mi página de autor en Facebook:

www.facebook.com/vicentesilmarco/

Si deseas ponerte en contacto conmigo puedes hacerlo desde la siguiente dirección de correo electrónico:

casadetinieblas@vicentesilvestre.com